

Juan Agustín Hurtado

ARQUEOLOGIA CHILENA

MUSEO  
ARQUEOLOGICO  
MUNICIPAL DE LA SERENA



1944

*El Museo fué inaugurado el 4 de Abril  
de 1943 por S. E. el Presidente de la  
República Sr. D. Juan Antonio Ríos,  
siendo 1.<sup>er</sup> alcalde D. Eliseo González G.*

*Organizador del Museo fué D. F. L. Cornely.*

ARQUEOLOGIA CHILENA

Juan Agustín Hurtado

MUSEO  
ARQUEOLOGICO  
MUNICIPAL DE LA SERENA  
(CHILE)

*Texto e Ilustraciones*

*por*

F. L. CORNELY

DIRECTOR DEL MUSEO DE LA SERENA  
ARQUEOLOGO DEL MUSEO DE CONCEPCION  
Y COLABORADOR CIENTIFICO DEL  
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL



BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

LA SERENA, 1944

**BIBLIOTECA NACIONAL**  
Sección Control

## INDICE

	<u>Pág.</u>
Prólogo .....	5
El Museo Arqueológico de La Serena, por D. Carlos Oliver Schneider...	7
Datos para la historia del Museo Arqueológico de La Serena.....	11
Cronología de las Civilizaciones Prehistóricas del Norte de Chile.....	13
Cultura Diaguita - Chilena .....	15
El gran cementerio Diaguita de El Olivar (La Serena).....	17
Hallazgo arqueológico en la Plaza de La Serena .....	21
Historia de un "Jarro Pato" .....	23
Cultura Atacameña .....	25
Cultura de El Molle .....	27
Los Pescadores primitivos .....	29
La Agricultura Precolombiana en Chile .....	31
La Metalurgia de los indios Diaguitas y Atacameños.....	37
Los animales domésticos de los indios chilenos .....	41
Mapa arqueológico del Valle de Elqui y adyacentes .....	45
Recuerdos históricos (Sección Histórica del Museo) .....	48



**FRANCISCO DE AGUIRRE**  
Fundador de La Serena, según un cuadro  
en la Municipalidad de Santiago.

## PROLOGO

Un Museo no sólo debe reunir y guardar, sino su misión es también **investigar y divulgar** y para eso es necesario la publicación.

Con el presente folleto el Museo Arqueológico de La Serena hace un esfuerzo para presentar de una manera clara y sencilla los conocimientos generales y especiales de arqueología de las provincias del Norte de Chile, ilustrándolo con objetos que pertenecen a las colecciones del Museo.

Muchos de los conocimientos arqueológicos de Chile los debemos al insigne sabio D. Ricardo E. Latcham, fallecido hace poco, a cuya memoria dedicamos este trabajo; otros, sobre todo en lo que se refiere a la arqueología regional, son fruto del estudio personal del suscrito, Director y organizador del Museo de La Serena, que en innumerables viajes y excavaciones durante más de diez años ha adquirido sus conocimientos sobre la arqueología Diaguita y otras de las provincias de Coquimbo y Atacama.

Este folleto servirá de guía para el estudio de las colecciones del Museo y de las culturas desaparecidas del Norte de Chile, aclarando y rectificando muchos conceptos erróneos sobre los pueblos que vivían antes de la conquista en estos territorios, conceptos que tienen su origen en los textos de enseñanza que aún no han sido modificados para adaptarlos a los conocimientos que ha aportado la investigación científica.

F. L. Cornely.



## EL MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA SERENA

Del Prof. CARLOS OLIVER SCHNEIDER,  
Visitador de Museos.

Quiero explicar una iniciativa que tiene para la vieja ciudad de La Serena una trascendencia cultural, que si bien puede ser comprendida fácilmente en algunos de sus aspectos, no se sospecha a primera vista toda la extensión de su verdadero y vasto alcance.

¿Es oportuno pensar en la formación de un Museo?

¿No será esto un reto al medio ambiente?

No creo ni espero que sea así.

Y no lo creo por la convicción arraigada que tengo de que un Museo destinado a reunir y conservar los ya escasos vestigios del pasado constituye no sólo una obra urgente, sino también una obra hermosa.

Es una obra destinada a afirmar el espíritu nacional, a inculcar la tradición, a revivir el espíritu de la raza para afirmar su destino.

Del encanto que tienen las pátinas y los herrumbres, del perfume que esparcen las cosas milenarias, objetivación precisa y tangible del pasado histórico, surge el sentimiento de la idea de la patria con más vigoroso impulso. En ello está el recuerdo que nos une hacia el tronco de la gente de esta tierra, tan llena de lecciones de amoroso sacrificio por ella, tan llena de heroísmos ejemplares.

Y no es esto que estoy diciendo, esto de ver en las cosas viejas una lección de patriotismo, un concepto novísimo. No es, sin duda, la expresión de un refinamiento la que excusa la preocupación de juntar afanosamente cosas viejas.

Es un concepto antiguo, un concepto que viene desde la antigüedad y se pierde en el milenio de la tradición bíblica.

En ella, en la Biblia, encontramos el relato que Josué, después de asumir el patriarcado de Moisés, cuando conducía las tribus de Israel a través del río Jordán, recibe la orden del Señor, que le manda que doce hombres, uno por cada tribu, reco-

jan las piedras del río y que las depositen en el lugar que sirviere de primer albergue en la orilla opuesta.

Y la explicación de tal orden que da Josué al pueblo israelita, no es otra cosa que la esencia misma de este concepto que venimos repitiendo.

"Cuando en lo futuro vuestros hijos os pregunten qué quieren decir esas piedras, vosotros les contestaréis... que esas piedras servirán de memoria eterna a los hijos de Israel".

Y esta respuesta de Josué al pueblo israelita nos da una idea exacta del valor que ya en ese lejano entonces se atribuía a la tradición.

Y en realidad ese valor es grande y necesario. Justifica este afán de atesorar prendas que atestigüen las raíces del momento en que vivimos.

Si no existieran pruebas, así, tangibles, materiales, objetivas, que comprobaran los acontecimientos y los elementos que en ellos intervinieron, la historia quedaría reducida a una leyenda, cuya significación sería no sólo difusa, sino que fácil y muy seguramente, discutible.

Pero a todo esto surge una pregunta, que es al fin de cuentas una objeción lógica.

¿Cómo es, que siendo tal la importancia de un Museo dedicado a guardar un patrimonio histórico, no se le haya dado la importancia que merece?

La respuesta es fácil y a nadie debe extrañar.

No hemos tenido Museos y el acervo histórico se ha destruido en su mayor parte o anda perdido o desperdigado por ahí, debido exclusivamente al medio ambiente.

Y este medio ambiente culpable es el resultado sin más ni menos, de un estado cultural estático.

No es un estado propio de La Serena o de Coquimbo solamente. Es un estado cultural estático generalizado en todo el país.

Es fácil hacer el análisis de ese estado para desentrañar sus causas que no son otras que un complejo interesante.

Dos fuerzas que actúan en ese complejo, están bien determinadas. Una de ellas es la cultura superficial, de muy leve profundidad, que generada en el cómodo adormecimiento intelectual de la colonia, se prolonga a nuestro tiempo con esa vitalidad, hija de los defectos de nuestra enseñanza, por una parte, y del espíritu racial por otra.

Y la otra fuerza es simplemente la falsa cultura que vemos a diario engendrada en la ciencia utilitaria con ese ejército de profesionales llenos de dinamismo negativo, entregados por entero a la conquista del vellocino de oro.

Con este medio cultural, totalmente refractario, se explica claramente que un Museo sea considerado como una superfluidad costosa, que haya por ellos y por su obra una indiferencia que raya en la ingenuidad y que si tenemos algunos en cuatro ciudades del país, es simplemente porque se les tolera, como puede decirse con justeza de expresión, casi a regañadientes.

Todo esto parecerá duro decirlo, pero es cierto.

Es una verdad amarga que yo, y conmigo muchos la han visto y la han palpado, una verdad que yo la vengo sintiendo en carne propia desde hace más de un cuarto de siglo.

Esta es la causa por qué los Museos no tienen entre nosotros ni el desarrollo ni la abundancia, ni la situación que les corresponde.

Pero día llegará, cuando haya una mayor sedimentación cultural, en otras palabras, cuando la cultura sea más espesa, que estas cosas se comprenderán mejor.

El tiempo estabilizará estas cosas. Es una ley fatal de gravitación. Pero cuando llegue ¿cuánto caudal histórico y arqueológico se habrá perdido?

C. O. S.



## DATOS PARA LA HISTORIA DEL MUSEO ARQUEOLOGICO DE LA SERENA

La idea de fundar un Museo en La Serena ha existido desde hace tiempo, pero nada efectivo se hizo para llevar a la realidad esta idea, hasta que se proyectaron las obras que deberían realzar la celebración del Cuarto Centenario de la ciudad.

Parece que el primer intento de realizar ese hermoso proyecto corresponde a los Rotarios de La Serena. En efecto, más o menos por la mitad del mes de Junio del año 1941 invitaron al autor de este trabajo a una sesión, para que expusiera sus ideas al respecto. En esa sesión se nombró una comisión compuesta por los Srs. Harold Rogers, Dr. Blas Rodríguez y Dr. Yanes Sepúlveda para que estudiaran los preliminares; pero la absoluta falta de medios impidió que prosperara esta iniciativa.

Algunos meses después, siendo Presidente de los Rotarios el Regidor Municipal, don Edmundo Toro G., este señor tomó nuevamente la iniciativa y se puso de acuerdo con el primer Alcalde don Francisco Arcos y los demás Regidores sobre la realización de un Museo Arqueológico y encontró en el seno de la Corporación la más franca acogida de este proyecto. El Sr. Alcalde y los Regidores Srs. Toro, Debia, Fajardo y Carmona se propusieron hacer algo efectivo en este asunto y de acuerdo con los demás miembros del Municipio se comisionó a los Srs. Arcos, Carmona y Debia para que informaran sobre una colección arqueológica que había sido sacada de un cementerio indígena, que se encuentra a las puertas de La Serena, por el Sr. Cornely.

En sesión del 5 de Septiembre de 1941 la I. Municipalidad acordó adquirir esta colección, que debería ser el fundamento, la "primera piedra" del futuro Museo. Al mismo tiempo se resolvió contratar al Sr. Cornely como técnico para la organización del Museo, tan pronto como lo permitieran los medios. Para todo esto se contaba con los fondos que el Supremo Gobierno había concedido para la celebración del Cuarto Centenario... pero, los fondos no llegaron y la colección no se pudo cancelar sino trece meses después, cuando el Sr. Toro asumió la Alcaldía, después de un impasse municipal de cuatro meses.

Bajo la entusiasta disposición del Sr. Toro como Alcalde, se entró en el terreno

práctico de la realización. Se encargó la organización del Museo al Sr. Cornely, se mandaron a construir las vitrinas indispensables, consignándose en el presupuesto municipal una pequeña partida para los gastos de organización e instalación del Museo.

La actuación del Sr. Toro como Alcalde duró sólo un poco más de dos meses, haciéndose cargo entonces de la Alcaldía el Sr. Eliseo González G., quien desde un principio tuvo una elevada comprensión de la obra cultural que se estaba realizando y con un tino y entusiasmo extraordinario cooperó en todo a la realización, en las mejores condiciones posibles.

Aumentaron las colecciones del Museo que tuvo una espléndida acogida entre muchos particulares que contribuyeron en diversas formas a la formación del Museo. Dejaremos constancia de los nombres de las personas que contribuyeron a esta obra, porque merecen figurar entre los fundadores del Museo: La Sucesión de don Eliseo Peña Villalón, la Sucesión de don Fortunato Peralta y don Alejandro Carmona regalaron colecciones valiosas; el Sr. Luis Castro C. y don Tomás Aracena contribuyeron con grupos de alfarería; los Srs. Dagoberto Floto, Juan Durán, Edmundo Toro, Eliseo González, Harold Rogers, José Antonio Rodríguez y don Manuel Ascui, con objetos sueltos; don Alejandro Alvarez un cartón con puntas de flecha. Con elementos de presentación cooperaron los Srs. Octavio Lazo y don Luciano Fernández B., y con su entusiasta cooperación propagandista, don Víctor Peña Aguayo.

Muy especial constancia hay que dejar también de la cooperación del Sr. Carlos Oliver Schneider, Visitador General de Museos y Director del Museo de Concepción, quien remitió un hermoso escudo de La Serena y artículos de propaganda.

Por fin, el 4 de Abril del año 1943 se abrió el Museo al público con la asistencia de S. E. el Presidente de la República, don Juan Antonio Ríos y una selecta comitiva.

El entusiasmo de autoridades y particulares ha permitido hacer del Museo, con medios económicos insignificantes, un Museo modesto en sus proporciones, pero con muy buenos elementos. Esperamos que siga desarrollándose en la misma forma en el futuro, para que ocupe algún día un puesto importante entre los museos del país y del extranjero.

La Serena, Junio de 1944.

## CRONOLOGIA DE LAS CIVILIZACIONES PREHISTORICAS DEL NORTE DE CHILE

Es naturalmente imposible establecer con exactitud una cronología de los pueblos que habitaron en tiempos prehistóricos el Norte de Chile, porque aún los estudios arqueológicos no están suficientemente cimentados para determinar con precisión los períodos transcurridos, por eso aceptamos provisoriamente la cronología que ha establecido el sabio arqueólogo Max Uhle, quien realizó los más extensos estudios de las antiguas culturas americanas, lo que le ha permitido formarse una clara idea de su correlación. Su cronología es la más generalmente aceptada y la reproducimos en seguida.

### Cronología de las civilizaciones de Arica y Tacna

- I. Hasta fines de la era pasada, el hombre primordial.
- II. En los tres primeros siglos de la era cristiana se desarrolla el período de los aborígenes de Arica.
- III. Período contemporáneo con los monumentos de Chavin, del año 400 a 600 después de Cristo. De esta época no se han hecho hallazgos en Arica y Tacna, pero sí numerosos en Pisagua.
- IV. Período de Tiuhuanaco y el subsiguiente epigonal. Desde el año 600 al 900 después de Cristo.
- V. Período de una civilización atacameña indígena. Desde el 900 al 1100 después de Cristo.
- VI. Período de una civilización "chíncha-atacameña". Desde el año 1100 hasta 1350 después de Cristo.
- VII. Período de los Incas. Hasta el fin del período prehistórico.

Como complemento y base de esta cronología, reproducimos también la

### Cronología de las civilizaciones del Perú

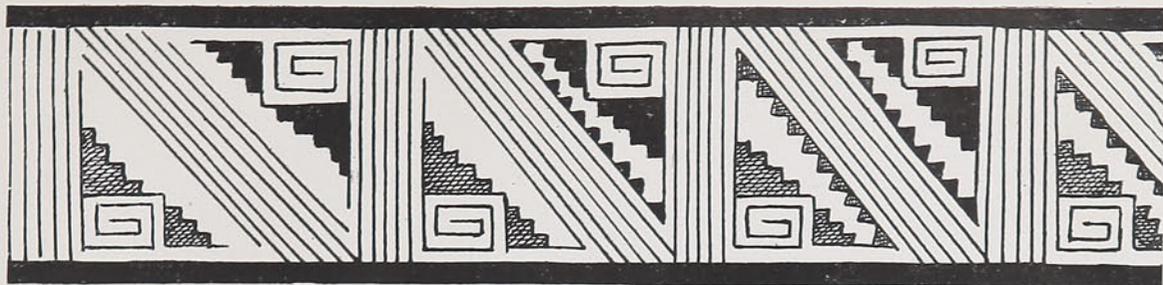
(Por el mismo autor)

- I. Del año 100 antes de Cristo al año 50 después de Cristo se construyeron los monumentos protonazcas de los valles de Chíncha y Pisco.
- II. Entre el año 150 y 300 de nuestra era se construyeron las Huacas de Moche.
- III. Entre el año 400 y 500 se construyó el templo de Chavin de Huantar.
- IV. Entre los años 450 y 600 se construyeron los principales monumentos de Tiuhanaco.
- V. En la primera mitad del siglo XIV tuvo su principio el Imperio de los Incas.

Tomando por base estas cronologías establecidas por Uhle, nuestro distinguido arqueólogo y Director del Museo Nacional de Historia Natural en Santiago, don Ricardo E. Latcham, formó un cuadro de las civilizaciones que existieron en el Norte de Chile que publicó en su libro "La alfarería indígena chilena", que es el siguiente:

- I. Hasta fines de la era pasada: Período del hombre primordial.
- II. Primeros siglos de la era cristiana: Período del hombre arcaico.
- III. De 400 a 600: Período de las inmigraciones (Aparición de las primeras culturas adelantadas en la costa).
- IV. De 500 a 900: Período de Tiuhanaco y el subsiguiente epigonal. (Aparición de los diaguitas).
- V. De 900 a 1100: Período diaguita chileno. Desarrollo de culturas locales.
- VI. De 1100 a 1450: Período Chíncha-Diaguita. Extensión hacia el Norte del pueblo de los túmulos.
- VII. Período de los Incas.

Entre las culturas ordenadas en este cuadro no figura la cultura de El Molle que fué descubierta sólo el año 1938 por el arqueólogo don F. L. Cornely. El estado de los restos óseos de esta cultura parece demostrar que es una de las más antiguas porque sus huesos se habían desintegrado ya en gran parte o eran fácil de deshacer entre la yema de los dedos.



Tema favorito en la decoración Diaguita chilena  
(de un plato diaguita).

## CULTURA DIAGUITA CHILENA

En las actuales provincias de Atacama y Coquimbo ha tenido su asiento una de las culturas más interesantes que han existido en tiempos precolombianos, en suelo chileno.

Muy poco o casi nada nos dicen las antiguas crónicas sobre los pobladores de esta región y si no fuera por los hallazgos arqueológicos, nada sabríamos sobre esta cultura desaparecida. Debemos a la costumbre generalizada entre los indios de América, de dotar a sus muertos de un ajuar —que generalmente constaba de los objetos más preciados en vida— que los estudios arqueológicos pueden dar hoy día alguna luz sobre el estado cultural de estos pueblos.

Los antiguos pobladores de Coquimbo y Atacama nos han dejado las muestras de su adelanto cultural en múltiples objetos arqueológicos, especialmente, en su alfarería artísticamente decorada, sin duda la más hermosa que se ha encontrado en territorio chileno, y en muchos objetos y artefactos de cobre, bronce, plata y aún de oro, objetos de piedra y de hueso, muchos de ellos artísticamente tallados y grabados.

Sus tejidos, que no se han conservado por la humedad del suelo, deben haber sido tan pintorescos y artísticos como su cerámica; así lo evidencian una gran cantidad de útiles para hilar y tejer que se hallan en las sepulturas.

Antes se creía que todos esos objetos, que demostraban una cultura superior, provenían de los incas, pero los estudios arqueológicos han establecido, sin lugar a dudas, que se trata de una cultura que se ha desarrollado independientemente de la cultura incaica, de la cual sólo ha recibido algunas influencias durante el corto período que duró la dominación incaica en Chile, antes de la llegada de los españoles.

Por la semejanza de los objetos culturales, su nomenclatura geográfica y botánica y otras, se ha establecido también que los indios que poblaron estas dos provincias, pertenecen al grupo cultural "diaguita" que ha tenido su asiento en el Noroeste de la República Argentina.

Los diaguitas chilenos poblaron los valles fértiles de Copiapó, Huasco, Elqui, Li-

marí y Choapa; sus huellas se encuentran en los apartados valles cordilleranos como también en las áridas costas del litoral, que hoy día carece de agua dulce.

Las tribus que vivían en los valles se dedicaban a la agricultura y a la crianza de llamas y alpacas y los indios que vivían en la costa se dedicaban preferentemente a la pesca y recolección de mariscos, para lo cual disponían ya de herramientas muy perfectas como redes, anzuelos de cobre y arpones. Salían a alta mar con balsas hechas de cueros de lobos inflados y cosidos finamente con espinas de cactus.

Entre los indios de la costa y los del interior debe haber habido un intercambio de productos, porque encontramos en las regiones más apartadas del interior restos de mariscos y pescado en las sepulturas, que probablemente han sido cambiados por maíz y otros productos agrícolas.

Los indios diaguitas deben haber constituido una raza sana y robusta; no eran escasos los tipos de alta estatura. En sus restos óseos llama poderosamente la atención su dentadura, —rara vez careada—, que en todas las edades hace la impresión de haber pertenecido a individuos sanos y fuertes. La mortalidad infantil parece haber sido relativamente pequeña; en el gran cementerio en la Cía. Baja, al lado de La Serena, se ha encontrado sólo un porcentaje muy bajo de restos infantiles.

El idioma de los indios diaguitas era el "Kakan", que sólo se ha conservado en denominación de lugares, nombres de plantas y animales, como también en algunos apellidos.

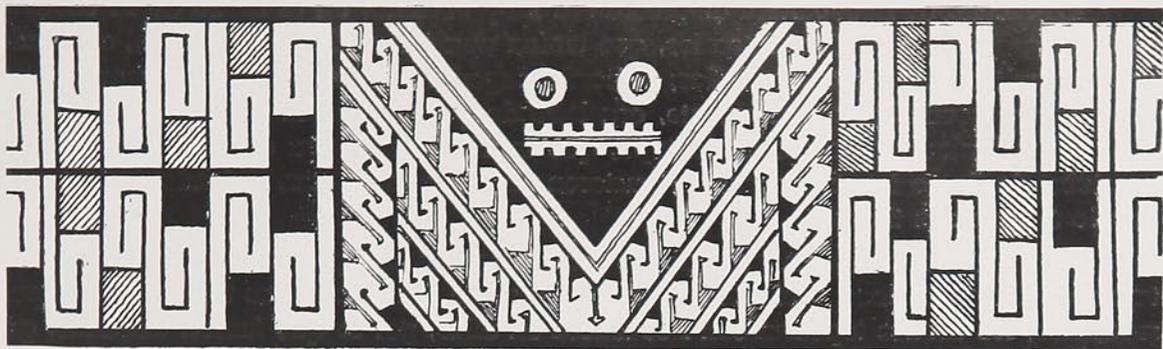
Del estado floreciente de sus labores, a la llegada de los españoles, puede dar una idea un relato que hace un cronista antiguo, Mariño de Llovera, que es uno de los pocos que hacen referencia a los primitivos pobladores de Coquimbo.

Cuenta Llovera que a la expedición de Almagro se adelantaron tres españoles, quienes al llegar a Coquimbo, asiento entonces de un gobernador incaico, le pidieron que hiciera acopio de víveres para el ejército expedicionario de Almagro, a lo que asintió el gobernador, que ya tenía conocimiento de la dominación española en el Perú.

"Dice Llovera: . . . "y poniendo luego por obra su promesa, comenzaron a fabricar casas y a recoger mantenimiento, juntando CUATRO MIL FANEGAS DE MAIZ y mucha carne de ovejas mansas de las que llaman guanacos, de que hicieron cecinas, que en su lengua llaman charqui, matando para ello CUATRO MIL RESES y más de QUINCE MIL PERDICES de que ellos suelen hacer cecinas; ultra otros regalos que previnieron con tanta diligencia y solicitud que dentro de treinta días estaba puesto todo en su punto."

Antes de llegar Almagro, sin embargo, el gobernador incaico debe haber recibido noticias secretas del inca, que le hicieron determinar de ponerse a salvo. Retiró las guardias incaicas y con todas las llamas que tenía a su disposición, emprendió la fuga hacia la cordillera.

Al encontrarse solo los indios, sin sus autoridades incaicas, dieron muerte a los tres españoles y escondieron las provisiones en el valle de Chile, donde Almagro más tarde encontró la mayor parte.



Decoración de un plato de la cultura Diaguita chilena.

## EL GRAN CEMENTERIO DIAGUITA DE "EL OLIVAR" EN CIA. BAJA AL LADO DE LA SERENA

El cementerio se encuentra a unos dos kilómetros al Norte de La Serena en el fundo "El Olivar" y predios vecinos. Consta de una cantidad de grupos o pequeños cementerios esparcidos en un área que ocupa un cuadrado de unos 400 m. por lado; el camino de La Serena a Vallenar lo divide por la mitad.

Hasta la fecha hemos descubierto 19 grupos o pequeños cementerios que deben haber correspondido a una subdivisión social en clanes en que cada clan tenía su cementerio dentro del gran campo común de la tribu. Cada grupo se compone de un número variable de sepulturas que a veces llegan a más de cien, de las cuales siempre una parte están hechas de piedras lajas, mientras las demás se encuentran simplemente en tierra.

Las sepulturas de piedra son generalmente largas y cónicas, orientadas con la parte más ancha (cabecera), hacia el Oriente. Su tamaño es muy variable, las hemos encontrado de más de dos metros de largo, que tenían unos 90 cms. de ancho en la cabecera, por 35 cms. en los pies, pero la mayor parte son más chicas y fluctúan alrededor de 1.60 a 1.80 m., de largo con un ancho correspondiente. Fuera de estas sepulturas largas y cónicas había un número reducido de sepulturas cuadradas, que parecen haber correspondido a gente principal, por el ajuar que contenían.

El material que ha servido para construir las sepulturas de piedra, es una piedra arenisca que contiene un conglomerado de conchas fósiles y que se encuentra unos 12 kilómetros al Norte del lugar del cementerio. Estas piedras fueron extraídas de un grosor de 8 a 12 cms. en planchas de diferentes tamaños, las más grandes para las tapas y otras más pequeñas para el cuadro. Es de imaginarse que el transporte de estas planchas era muy difícil, (hemos medido una que tenía 1.20 por 1.50 mts.) y necesitaba mucha gente; creemos que este es el motivo por qué no todas las sepulturas que llevan idéntico ajuar fueron hechas del mismo material. A veces encontramos sólo una piedra laja parada como división entre dos sepulturas, lo que también parece indicar la escasez del material en momento oportuno.

La factura de la sepultura de piedra era muy sencilla; en el fondo de la excavación se paraban las piedras laterales, que tenían una altura de 60 a 70 cms., cercandando así la sepultura por los cuatro lados; el borde superior de esas murallas, que fueron alineadas y acunadas correctamente, era labrado y formaba un canto más o menos liso de igual altura para recibir la tapa, que muchas veces era de una sola pieza o constaba de dos o tres lajas que se pusieron una al lado de otra. El fondo de la sepultura lo formaba la tierra.

Como la sepultura en general, no era más profunda que unos 80 cms., muchas tapas quedaron a poca profundidad debajo el suelo y al labrar las tierras en tiempos modernos, los arados topaban con frecuencia en ellas, por lo que fueron extraídas generalmente por los mismos trabajadores, quienes naturalmente revolvieron las sepulturas en busca de tesoros, destruyendo en la mayoría de los casos la alfarería. Cuentan que de esta manera sacaron gran cantidad de piedras planas, que en un tiempo hasta servían para pavimentar patios y veredas.

En la mayoría de las sepulturas había más de una osamenta humana, en algunas encontramos hasta cuatro esqueletos, siendo probable que eran de cadáveres sepultados simultáneamente; esto se puede explicar con la costumbre que ha existido en varias tribus americanas, que la mujer ha tenido que acompañar al marido hasta en la muerte y quizás viene de ahí el dicho tan propalado en la región: "que los indios se enterraban vivos". En las sepulturas largas y cónicas los cadáveres siempre fueron sepultados tendidos en todo su largo; no así en las rectangulares y las que estaban sólo en tierra, donde la posición ha sido muchas veces, doblado, con el mentón sobre las rodillas.

Los cráneos pertenecen al tipo braquicéfalo, algunos han sufrido deformaciones artificiales, generalmente en la forma tubular. En general, las paredes craneales son de un grosor normal, pero hay un pequeño porcentaje de cráneos de paredes gruesas, que probablemente provienen de la mezcla con la tribu de El Molle (ver Cultura de El Molle).

Debido a la gran permeabilidad del terreno y la filtración de los canales de riego, hoy día el gran cementerio se encuentra en terreno de vega y la mayor parte de las sepulturas están dentro de un barro gredoso, lo que dificulta grandemente la búsqueda prolija de los ajuares funerarios de estos indios, búsqueda que se ha tenido que concretar generalmente a la alfarería. En algunos grupos más secos, sin embargo, hemos encontrado collares, de piedrecitas cortadas, muchas de silicato de cobre (malquita), objetos de cobre y de bronce, como pinzas, cinceles, aros, brazaletes y cuchillos; espatulitas de hueso, talladas, punzones y canutitos de hueso y muchas puntas de flecha, dardo y lanza de sílice, cristal de roca, cuarzo, etc.

La alfarería que encontramos se divide en dos grupos, la alfarería doméstica de un color gris negruzco y la alfarería decorada o pintada. La alfarería doméstica consta principalmente de cantaritos de boca ancha con un recipiente alargado hacia adelante y con una asa que une el borde posterior con el cuerpo. Estos cantaritos servían para calentar bebidas o comidas, metiéndolos con el depósito alargado en las brasas, quedando el asa fuera para retirarlos en momento oportuno, de ahí, que la parte posterior de los cantaritos está siempre sin tizne, mientras el fondo y toda la parte delantera están tiznados. Los cantaritos de uso doméstico tienen muchas veces decoraciones en relieve.

La alfarería pintada o dibujada consta en su gran mayoría de platos o pucos, como los denominan en la Argentina, que generalmente ostentan una decoración en tres colores, blanco, rojo y negro. El rojo servía generalmente para enlucir el cántaro o plato por entero; después se destacaban campos pintados de blanco y sobre ellos se dibujaba con negro y rojo la decoración, que constaba generalmente de motivos geométricos y algunas figuras.

En la pintura o dibujo de la alfarería se distinguen perfectamente 3 etapas, que hemos llamado: "arcaica", de "transición" y "clásica". La arcaica pertenece a la primera etapa de la alfarería pintada; en esa época se usaba el amarillo en lugar del blanco, los platos eran de forma semiglobular y los dibujos toscos y muy grandes.

La segunda etapa, de transición, se caracteriza por platos más planos, dibujados muchas veces por dentro, un mayor número de temas y dibujos ya un poco más finos.

La última época, que llamamos la clásica, tiene como característica principal la aparición de los platos con bordes perpendiculares; en esa época, también, aparecieron las sepulturas de piedra laja, un mayor número de temas y dibujo fino; al mismo tiempo apareció un nuevo estilo en su decoración, en el que el dibujo se hizo con negro sobre el fondo rojo del cántaro, fileteando el dibujo con una línea blanca. Parece que una nueva evolución en la forma de los platos se estaba realizando; cuando llegaron los españoles, esa nueva forma consistía en paredes inclinadas hacia dentro del plato y paredes entalladas, como puede verse en el cuadro ilustrativo. (Lámina III).

En cada grupo de cementerio encontramos algunos platos antropomorfos con una cara estilizada en el frente y dos campos a ambos lados llenados con dibujos geométricos; son los platos confeccionados con mayor esmero, por lo que creemos que pertenecían a los jefes del clan.

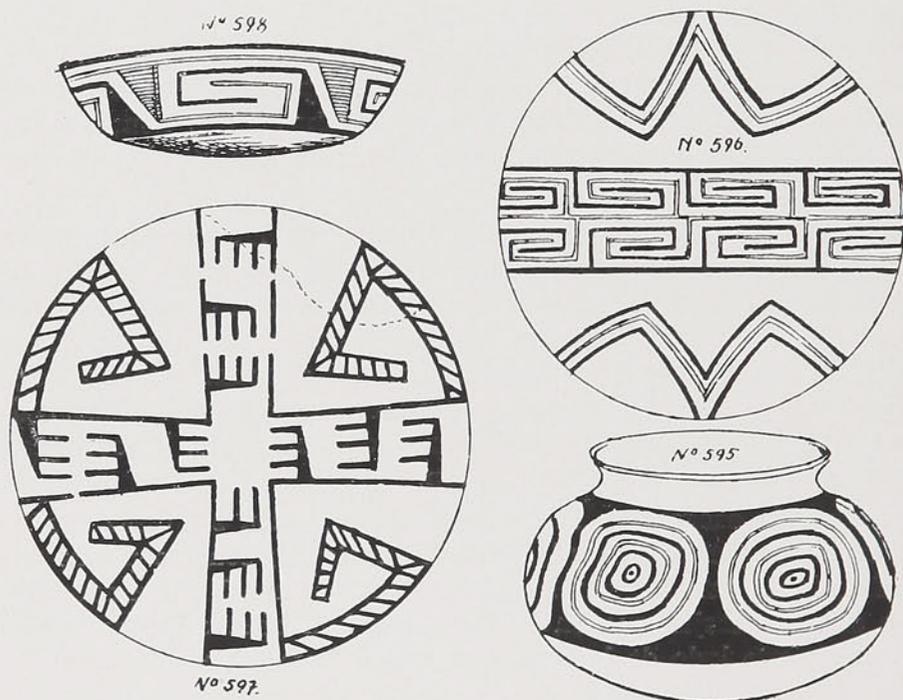
En casi todos los grupos encontramos alfarería de las tres épocas; una prueba que han servido durante muchas generaciones. Generalmente, en cada grupo se encuentra una pieza de alfarería zoomorfa o la misma repetida, pero de diferente edad. Esas piezas son generalmente pequeños recipientes adornados con una cabeza de ave o de otro animal; a veces imitan, también, en la forma el animal que representaban; así hemos encontrado algunos que tenían la forma de una tagua, de patito, o de una rana; otras veces, tienen una cabeza de llama o de puma, etc. Parece que este animal correspondía al Totem del respectivo clan.

Las piezas más escasas en la alfarería diaguita, son sin duda los "jarros patos" que deben haber pertenecido a los grandes caciques; son las piezas más hermosas en la alfarería de esta cultura. Igualmente escasos son las llamadas urnas, grandes cántaros con dos orejas que en la Argentina han servido para sepultar restos humanos, pero en este lado de la cordillera nunca hemos encontrado osamentas en ellas y hemos llegado a la conclusión, que entre los indios diaguitas chilenos han servido para otro objeto, posiblemente para contener bebidas para sus libaciones, pues encontramos la mayor parte de esas urnas deliberadamente quebradas y a veces amontonados los fragmentos en las sepulturas.

Fuera de las piezas mencionadas se encuentran a veces en este cementerio cantaritos con una asa, pintados, que generalmente son antropomorfos y esmeradamente trabajados, también se encuentran con relativa frecuencia recipientes pequeños, que tienen la forma de un globo aplastado o forma de zapallo, enlucidos de rojo y a veces pintado.

Un cierto porcentaje de los indios se enterraba con sus llamas regalones, cuya osamenta encontramos al lado de su dueño. Estos animales deben haber sido muy estimados, porque muchas veces encontramos al lado del llama un hermoso plato decorado que, sin duda, contenía su comida. En una sepultura el llama estaba completamente cubierto con grandes pedazos de tinajas, formándole una bóveda y al frente del hocico tenía un valioso ajuar que constaba de un cuchillo de cobre, un gran cincel del mismo material y seis puntas de flecha de las más finas, objetos que se encuentran en el Museo.

En un trabajo más amplio, cuya impresión ha tomado a su cargo el Museo de Concepción, el autor de este artículo se extiende más detallado sobre este cementerio, el más importante que se conoce de la cultura diaguita chilena.



Dibujos de alfarería diaguita de la primera época (arcaica) encontrada en Hurtado.



## HALLAZGO ARQUEOLOGICO EN LA PLAZA DE LA SERENA

En el recinto donde se va a erigir el nuevo Kiosco para la Música, que la Colonia Sirio Libanesa regala a la ciudad para el 4º Centenario, se encontró, al hacer las excavaciones, una sepultura indígena. Este hecho es tanto más memorable porque coincide casi exactamente con la fecha del 4º Centenario de la ciudad. . . . como si el destino hubiera querido traer a la memoria el recuerdo de la raza y cultura de ese pueblo que fué dueño de esta tierra donde se alza la cuatricentenaria ciudad.

El durmiente solitario de la Plaza es algo así como "el soldado desconocido". Su tumba nos hace recordar en el preciso momento en que se va a celebrar esa fecha histórica "El ocaso del indio y el alborar de una nueva etapa en el desarrollo de esta región".

Esta sepultura era una de la última época, antes de la llegada de los españoles, hecha de piedras planas de un material arenisco cuyas canteras se encontraban ahí donde hoy día se construyen las Fábricas de Cemento de Juan Soldado.

La forma de las sepulturas de esos tiempos era generalmente cónica, más anchas en la cabecera y más angostas en los pies, su largo de un metro sesenta centímetros hasta dos metros. Las planchas de piedra se paraban al fondo de la excavación correctamente alineadas, formando el cuadro o el cerco del ataúd de piedra, que debía recibir los restos; el borde superior de estas piedras estaba labrado y nivelado para recibir la tapa, que constaba de otras planchas de piedra o a veces de una sola.

En esta sepultura encontrada en la Plaza se puede determinar con bastante precisión la edad del hallazgo porque sabemos que los indios diaguitas formaban pequeños cementerios, —dentro de un gran campo común,— que pertenecían probablemente a una subdivisión social en clanes; cada clan tenía su cementerio. En este caso se trataba de un cementerio que se comenzaba, en el cual sólo se alcanzó a enterrar un indio, — nuestro durmiente solitario—, cuando llegó la expedición de Francisco de Aguirre para fundar la ciudad de La Serena. Se sabe que F. de Aguirre, formó su campamento debajo de la palmera de Santa Inés y naturalmente impidió que se llevaran a cabo nuevos funera-

les indígenas en su vecindad porque estos entierros eran con gran acompañamiento y acompañados de libaciones que constituían un peligro en la vecindad del campamento.

De ahí que esta sepultura quedó aislada y podemos decir con bastante seguridad que tiene más o menos cuatrocientos años, lo que se corrobora con la factura de la fuente que constituía el ajuar funerario y que es de la última época, de paredes rectas, ostentando un dibujo decorativo hecho con mucha maestría.

La fuente restaurada en lo posible, un pedazo de una cuchara de hueso, parte del cráneo y la mandíbula inferior del indio se encuentran a la vista en el Museo, lo mismo un pedazo de una piedra de moler y otro de una tinaja gruesa que se encontraron en la misma sepultura.

De la misma excavación procede una pequeña escultura en piedra que parece representar un animalito roedor, posiblemente un ratón. Fué regalado al Museo por el Colegio S. Antonio, porque un discípulo de este colegio lo encontró en la tierra que salió de la excavación referida.





## HISTORIA DE UN JARRO PATO

El hermoso ejemplar de alfarería diaguita que adorna la carátula, fué hallado a una cuadra de la Plaza de La Serena.

De la primera parte de su existencia no sabemos nada positivo, pero conjeturamos con los arqueólogos que un gran dignatario indígena de esta región, —unos 700 años atrás— lo mandó confeccionar a una de las más afamadas alfareras de estas comarcas. Seguramente ha tenido que dar en trueque algunas llamas o guanacos u otras especies, para que fuera el más hermoso ejemplar que pudiera competir con los jarros de otros caciques, de Guayacán, Gualliguaica, Pelicana y Puclaro.

El hermoso jarro pasó su primera etapa de vida brillante en fiestas y ceremonias, en rituales funerarios y fué admirado y venerado por todos. Era como un signo de autoridad y servía a su dueño como portador de su bebida favorita.

Pero llegó un día en que su dueño cerró los ojos para siempre y sus restos fueron sepultados con gran solemnidad en una cista de piedras lajas; lo debían acompañar sus objetos más preciados en vida y el "jarro pato" fué puesto con su bebida favorita en su cabecera...

Empezó la segunda etapa de su existencia, etapa que duró centurias. Pasaban por encima de él, la historia...: la pisada del invasor incaico, guerras, gritos salvajes, nuevos entierros a su lado. Luego el paso de caballos del conquistador español, —una ciudad se edificó en su alrededor—, hasta que un día unos fierros pasaron peligrosamente al lado de él y luego unas manos ávidas lo sacaron de su secular reclusión.

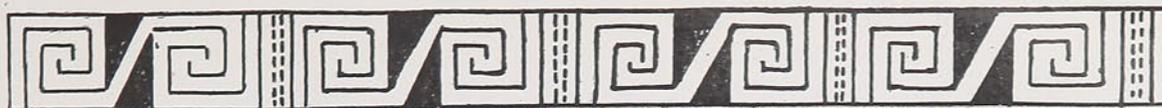
Eran los trabajadores que, rebajando una vereda, dieron con la cista de piedra y ávidos de encontrar luego las legendarias onzas de oro, que cual una fiebre torturan el cerebro de todo trabajador de esta región, se lanzaron a revolver la tierra hasta que dieron con el hermoso jarro.

Poco les interesaba su belleza y artística decoración, porque seguramente debería contener el anhelado tesoro y como estaba lleno de tierra lo rompieron para llegar más luego a la meta. Vino la gran desilusión, porque no contenía más que tierra. En

consuelo, cada uno de los presentes se llevó un fragmento del hermoso jarro como recuerdo.

Ahí habría terminado la existencia de esta reliquia si no existieran los arqueólogos; por fortuna había uno de ellos en La Serena quien al darse cuenta del hallazgo se puso inmediatamente en campaña y después de una verdadera obra de detective pudo recuperar los fragmentos y reconstruir el jarro en su primitiva belleza.

Y ahora comenzó la última etapa de su existencia este jarro que, cual un ave Fénix resucitó de la muerte, ahora figura en las colecciones del Museo de La Serena, obsequiado por don Alejandro Carmona. Desfilarán delante de él generaciones, admirando el arte y la habilidad de estos "indios brutos" en el concepto del pueblo y el jarro pato, con su estoica dignidad, parece sonreírse como una Monna Lisa, desafiando los siglos venideros.



## CULTURA ATACAMEÑA

En las provincias del Norte de Chile, desde Antofagasta hasta Arica, en algunos valles de la provincia de Tarapacá, en las punas de Atacama y Jujuy y en el valle de Humahuaca (Argentina), por el Sur, vivía el pueblo de los atacameños, que había extendido sus conquistas y dominio hacia el Norte, ocupando una gran parte del Perú meridional y toda la parte occidental de Bolivia hasta el río Desaguadero y el lago Titicaca. Tal expansión tuvo lugar antes de la ocupación de la costa por los pueblos de cultura avanzada; Proto Nazca, Proto Lima, Proto Chimú (400 a 600 de la era cristiana).

El origen y la fecha de la inmigración de los atacameños a Chile son desconocidos. Probablemente eran contemporáneos de los pescadores arcaicos de la costa y también con el hombre primordial o paleolítico de los últimos siglos precristianos.

Antes que aparecieran en el horizonte las primeras civilizaciones avanzadas de la costa del Perú, los atacameños habían hecho considerables adelantos culturales; tenían las primeras nociones de la agricultura, habían domesticado el llama y eran un pueblo numeroso y conquistador.

La llegada de los pueblos civilizados a las costas del Perú y el desarrollo del imperio de Tiuhuanaco (600 d. C.) obligó a los atacameños a replegarse hacia el Sur, donde se concentraron en el valle del Loa, valles andinos de Tarapacá, ocupando también las punas y alcanzando hasta las costas del Pacífico.

El derrumbe por causas desconocidas de la civilización de Tiuhuanaco (900 d. C.) les permitió un nuevo desarrollo propio, que continuó sin influencias extranjeras hasta el año 1100, más o menos, cuando llegó del Norte un pueblo conquistador, los Chinchas. Este segundo período atacameño está representado desde Arica y Tacna hasta Caldera y los valles Calchaquies por el Sur.

Conocían la alfarería y hay dos estilos de vasos decorados, el más antiguo con dibujos negros sobre fondo rojo y el otro, en el cual la vasija está enlucida de blanco, con figuras geométricas en negro o rojo, o en ambos colores combinados. Todos los motivos son de tipo grande.

Sabían hilar y tejer con bastante perfección, tiñendo sus lanas con muchos colores, fabricando paños, camisas, bolsas, gorras etc., adornados muchas veces con hermosos dibujos o simplemente listados. Hicieron canastos y cestería de totora de muchos tamaños y diferentes formas, a veces, también tejidos que fueron impermeables y servían para guardar líquidos.

A comienzos del siglo XII aparecieron nuevas influencias que cambiaron muy esencialmente todo el estilo de la cultura posterior. La nación de los Chinchas había asumido la hegemonía y conquistado el territorio atacameño. Se amalgamaron las dos culturas, produciendo un estilo particular llamado por Max Uhle "Chincha-atacameño". Las influencias se notaron especialmente en la alfarería; hubo mayor variedad en los motivos y su tamaño menudo contrasta con los dibujos grandes del período netamente atacameño.

Vivían los atacameños en casitas de piedras, techadas con totora o juncos. Sus fortalezas consistían en muros de pirca concéntricos y en el interior había pequeños departamentos, de muros de poca altura y sin comunicación entre sí.

Enterraban a sus muertos en cuclillas y colocaban en las tumbas los objetos que les servían durante la vida. A veces les cubrieron con grandes canastos o esteras de totora.

El idioma que hablaron los atacameños era el lican-antei, que se relaciona con el aymará y el quechua, pero es de tipo más arcaico.

En el Museo existe una colección de objetos de esta cultura, de la cual llaman la atención el precioso gorro y el cántaro que reproducimos en las láminas de colores.



El simpático cantarito atacameño.

# CULTURA DE EL MOLLE



En pleno centro de la cultura diaguita, en el valle de Elqui, el autor de este trabajo descubrió el año 1938 otra cultura de un pueblo hasta entonces desconocido, que se ha denominado "**Cultura de El Molle**" por la localidad donde se encontraron la mayor parte de los cementerios de esta civilización.

Se distingue de los diaguitas:

- 1.— Por sus cráneos que son de paredes enormemente gruesas (hasta 11 mm.).
- 2.— Por su cerámica que consta en su mayoría de jarros altos y tazas sin asa de color negro, rojo o gris, algunos finamente enlucidos (sólo dos piezas llevan una decoración de dibujo negro).
- 3.— Por el uso de la tembeta o botoque de piedras finamente labradas y pulidas que llevaban incrustados en el labio inferior como adorno.
- 4.— Por el uso de cachimbas o pipas de piedra en forma de una T invertida, el depósito en el centro, vertical y a ambos lados dos brazos, uno de ellos perforado y el otro ciego.

Tenían, además, brazaletes, anillos y aros de cobre, (estos últimos como placas de forma rectangular), aros de concha; también se encontró un collar de discos finitos de una piedra caliza.

Señalaban sus sepulturas con bandas circulares de piedra blanca de río, que tenían un diámetro de 4 a 6 metros.

Las sepulturas alcanzaban una profundidad de dos metros y estaban rellenas con piedras de río y tierra.

Cuatro de los cementerios hallados se encuentran en los alrededores de El Molle (Estación del Ferrocarril de Coquimbo a Rivadavia) y 2 más a unos 4 a 5 kilómetros más al Poniente.

También se ha encontrado una fortaleza de esta cultura, unos 5 kilómetros más al Oriente de El Molle, en la cima de un cerro que queda frente a El Maitén.

Los indios de El Molle no conocían las flechas y lanzas; al menos no se han encontrado puntas de piedra ni de hueso que hubiesen servido para fabricar estas armas, ni en los cementerios, ni en sus alrededores.

Es probable que este pueblo sea muy antiguo y haya tenido que sucumbir a la llegada de los diaguitas, que tenían mejores armas y una cultura ya superior; posiblemente los diaguitas extinguieron la población masculina llevándose como presa a las mujeres jóvenes, como era costumbre en esos tiempos. Así se explicaría que en muchos cementerios diaguitas encontramos ahora un pequeño porcentaje de cráneos de paredes gruesas, resultado de la mezcla de estas dos razas.



Pieza de alfarería de la cultura de "El Molle"

---

Nota.—Una descripción detallada de la cultura "El Molle", por el autor, se encuentra en la Revista Chilena de Historia Natural. Vol. XLVIII (año 1944) pp. a. Santiago de Chile, 1945.



Tembetás y cántaro de la cultura de "El Molle".

## LOS PESCADORES PRIMITIVOS

A lo largo de la costa de Chile se encuentran los vestigios de una ocupación temprana por pueblos que vivían exclusivamente de la pesca y de la caza, sin conocer la agricultura. Sus restos se encuentran en los conchales (kioekkenmoeddinger), los más conocidos de éstos son los de Taltal.

Estos conchales son formados de los desperdicios y la basura en los lugares en que han vivido los indios y tienen a veces varios metros de espesor. Los objetos encontrados en estos conchales se asemejan a los tipos pertenecientes a la edad paleolítica o neolítica (ed. de piedra) europea.

Los objetos encontrados con más frecuencia son puntas de flechas y lanzas, raspadores, piedras, martillos, anzuelos de quisco, hueso o concha, arpones, pesas para las lienzas, bolas y otros útiles de piedra y hueso de uso desconocido.

Falta la alfarería, los tejidos, la metalurgia y la agricultura por completo.

El alimento era a base de pescado, mariscos, animales y pájaros marinos y terrestres.

Sepultaron sus muertos extendidos en los mismos conchales sobre los cuales vivían, sin darles ningún ajuar funerario. En el Museo de La Serena se guardan dos cráneos de tribus de pescadores encontrados en Los Choros, tribus que no deben haber sido de las más primitivas porque marcaban sus sepulturas con piedras puestas en forma de círculo y tenían su cementerio al lado Sur de la población actual de Los Choros; algunas sepulturas aún conocibles, tenían como ajuar puntas de lanza y de flecha de diversas clases de piedras y algunos artefactos de hueso muy primitivos.



## LA AGRICULTURA PRECOLOMBIANA EN CHILE

Cuando los españoles llegaron al continente americano encontraron varias culturas florecientes, algunas de ellas tan adelantadas, que en ciertas materias nada tenían que envidiar a los europeos, como por ejemplo, la agricultura de los incas, cuyas grandiosas obras de regadío causaron la admiración de cuantos las hayan estudiado o conocido.

Es de suponer, que los incas han impuesto sus influencias a los pueblos dominados por ellos, para mejorar los sistemas de cultivar el suelo y sacar mejores rendimientos de los cultivos de sus pueblos tributarios; en este caso se encontraban los indios que habitaban en Chile hasta el río Maule.

En el Norte, desde Arica hasta la provincia de Atacama, vivían los atacameños y en Atacama y Coquimbo los diaguitas, ambos pueblos que tenían ya una cultura adelantada que data de tiempos anteriores a la cultura incaica; ambos pueblos eran agrícolas o practicaban la agricultura como uno de los medios de sustento, siendo pueblos esencialmente vegetarianos. La región en que vivían desde Arica hasta el río Choapa era poco propicia para la agricultura, ya que las lluvias son escasas y sólo algunos valles tienen ríos aprovechables para el riego; por eso tuvieron que valerse ya de canales y acequias para regar los valles y a veces las laderas de los cerros por medio de andenes o terrazas (en algunas partes de Tarapacá) y además practicaban un cultivo que se ha denominado de "canchones" en las partes donde había humedad a poca profundidad debajo del suelo.

Los atacameños ya en remota época se dedicaron a la agricultura (probablemente en época de Tiahuanaco) usando palos de punta, palos en forma de cuchillos y palas de piedras planas con mangos de madera, de las cuales se han encontrado muchos ejemplares en las sepulturas de Calama, San Pedro de Atacama, Chiu-Chiu, Toco-nao, etc.

En el Norte parece que el valle del río Loa ha sido la cuna de la agricultura chilena y quizás de otras partes, porque los atacameños lo han poblado desde antes

de nuestra era y los hallazgos arqueológicos demuestran que en tiempos pretéritos ya se han dedicado al cultivo de las tierras.

Guillermo E. Billinghurst, quien escribió en 1893 sobre la irrigación en Tarapacá, calcula en 36.000 hectáreas el área cultivada en la actualidad y dice: "La superficie cultivada en las diferentes quebradas que se desprenden del flanco occidental de Los Andes y que terminan en la pampa del Tamarugal, así como la superficie que abarcan los sembríos de la región transandina, en esta jurisdicción territorial, **son las mismas en extensión que se cultivaban en la época incaica**, con excepción de los primeros viñedos de Pica y de Matilla.

En las partes regables construyeron canales y acequias de riego, formando en muchas partes andenes o terrazas en la falda de los cerros al estilo de los incas y en las partes donde no había agua superficial construían canchones. Sobre los canchones escribe Billinghurst: "Los canchones, llamados así por hallarse cercados por pircas de cascote, a semejanza de las canchas de las minas, son en el día, la porción más interesante del Tamarugal."

En otra parte de su importante trabajo dice Billinghurst: "Puede afirmarse que la agricultura de Tarapacá ha permanecido estacionaria desde tiempo inmemorial y que nada debe a la civilización moderna. . .

**Los Canchones.** De un antiguo historiador, el Padre Cobo, reproducimos algo referente a los canchones, que en tiempos incaicos se construyeron a veces en enormes proporciones en todos los terrenos aptos para esta clase de cultivo.

Dice el Padre Cobo: "Otra particularidad no menos maravillosa hallamos en esta tierra de los Llanaos, que es el modo que los indios tuvieron de aprovechar para sus labranzas la tierra, que de suyo era yerma e infructífera. Esto hacían de dos maneras; la primera cavando y abriendo grandes hoyos, y la otra, aprovechando de los lugares húmedos los sitios y tierras de esta calidad que llamaban en su lengua "mahamaes", que es tanto como si dijéramos: tierras de labor por la humedad que en sí tienen" . . .

"Hacían los indios estos hoyos con inmenso trabajo, cavando en los arenales muertos y apartando y amontonando la arena alrededor de ellos hasta descubrir el suelo húmedo, en conveniente distancia del agua, para fructificar. Algunas se hallan a dos y tres estadios de profundidad y otros menos; unas son redondas y otras cuadradas y en otras formas diferentes, mas por la mayor parte son largas y angostas."

Agrega el Padre Cobo en su "Historia del Nuevo Mundo": Al presente (año 1650) son muchos más los hoyos (canchones) que están yermas que las que se cultivan, por haber venido los indios en gran disminución. Nacen en ellas las mismas frutas que en los restantes de los Llanaos y toda fruta de hoya se aventaja a la que nace en los huertos de regadío."

En los canchones también se cultivaban arboledas, especialmente el algarrobo. Hoy en día se vuelve a cultivar este árbol en los canchones del Tamarugal, especialmente una variedad peruana (*prosopis dulcis*) cuyo fruto es más carnoso y dulce.

El Tamarugal fué en antiguos tiempos, sin duda, un gran centro de población indígena; la naturaleza y sistemas de cultivo que aún se notan, pruébanlo así.

Es casi seguro que las principales faenas de la agricultura indígena estaba a cargo de las mujeres, una costumbre generalizada en la mayor parte de los indios andinos.

La primera labor, la de romper la tierra con palos gruesos y pesados, a los cuales se les sacaba punta en uno de los extremos o en forma de cincel, lo hacían los

hombres; en seguida venían las mujeres con palas de madera o de piedra, amarradas en un mango, con las cuales daban vuelta la gleba y después rompieron con mazas y cuchillones de madera los terrones, labor en que ayudaban los niños, como lo prueban numerosos cuchillones pequeños en los cementerios

En los valles donde había agua corriente, los pequeños predios eran regados por acequias. En tiempo de los indios había abundancia de agua, porque en toda la región nortina encontramos muchos lugares en que hay cementerios indígenas y restos de sus viviendas que hoy día carecen completamente de agua dulce.

En los valles angostos que tenían agua, pero poca tierra plana, se aprovechaban las faldas de los cerros, construyendo andenes, hoy día abandonados en su mayor parte.

Tenemos fundadas razones para creer que los diaguitas tenían más o menos los mismos elementos y conocimientos en la agricultura que los atacameños. No encontramos en sus sepulturas útiles y herramientas de labranza; tampoco las semillas, que a causa de la humedad no se han conservado en la región diaguita; pero numerosos canales de riego nos demuestran que han sido ya expertos en el cultivo de las tierras.

De las investigaciones de don Joaquín Santa Cruz sabemos algo sobre las acequias de riego en la vecindad de La Serena y del valle de Coquimbo; dice este autor: "La agricultura estaba muy desarrollada en Coquimbo; había varios canales de regadío, que los diaguitas habían labrado al interior del valle. En Elqui, en la Hacienda llamada "La Compañía", había una acequia por la falda del cerro, que de los archivos consta que fué labrada por los incas. Seguían las acequias de La Marquesa la Alta (hoy pueblo de Vicuña), la del Tambo (llamado pueblo de Elqui), a continuación en Marquesa (después corrompido en "Marquesa") una acequia a que aluden los títulos de Aguirre en 1549, las del pueblo de Poya y otras para el riego de Coquimbo y Quila-cán bajo".

En una escritura del licenciado Escovedo del año 1552 para delimitar terrenos, se alude a una acequia grande para regar las chacras de La Serena y a una acequia vieja.

**En Chile central** existían numerosas acequias de riego a la llegada de los españoles. Los cronistas de esos tiempos dicen, que en toda la región al Norte del río Mataquitos se encontraron canales y acequias de riego utilizados por los indígenas; muchos de ellos eran anteriores a la dominación incaica, como se ha podido comprobar por el hallazgo de mazorcas de maíz en sepulturas que son notoriamente anteriores a esa época de dominación incaica, grano que no crece en estas regiones sin riego.

Góngora de Marmolejo, hablando de los indios de Chile dice: "En unas partes se cría la comida, que son sementeras en el campo, con agua que sacan de los ríos y la llevan por acequias a regar sus heredades."

En las actas del Cabildo de Santiago hay varias referencias a las acequias que tenían los indios. Como curiosidad mencionaremos, que cuando hicieron los fundamentos para los Baños de Colina, se encontraron los restos de una acequia subterránea, hecha de tubos de greda, con la cual antiguamente se regaba el huerto del gobernador del inca, que vivía en ese lugar.

Además de los sistemas enumerados para el cultivo de la tierra, también se practicaba en el centro y en el Sur del país el cultivo "de rulo"; en el Sur fué la única forma de cultivo, porque las abundantes lluvias no hacen necesario el riego. En el Norte esas siembras se llaman "lluvias". Los terrenos se siembran año por medio o en in-

tervalos más largos. Generalmente se rodeaban con un cerco de quiscos, cuyos brazos plantados en tierra suelen brotar con facilidad formando un cerco vivo, o donde no había ese elemento se rodeaban de pircas de piedra y en otros lugares se hacía un "quincho" de ramas, cañas o coligües. Esta forma de cercar y de sembrar se ha conservado en muchas partes.

En las regiones regadas se abonaba el terreno, porque por su poca extensión no era posible dejar descansar las tierras como lo hacían con las tierras de rulo y las lluvias. Los abonos empleados eran según la zona. En el Norte y cerca de la costa se empleaba el guano de pájaros que había en abundancia en las islas guaneras. La extracción de ese guano en tiempo de los incas era muy bien reglamentada y vigilada. Traían el guano en balsas de las islas y lo llevaban en sus llamas a las chacras. También se utilizaba el estiércol del llama, animal que tiene la costumbre de defecar siempre en el mismo lugar; la hoja de los árboles, especialmente del algarrobo, también eran usadas para abono. En algunos lugares cerca de la costa Norte usaban las sardinas, ya en estado de descomposición, para abonar el maíz, echando junto con el grano una sardina a la tierra.

Sobre los productos agrícolas de Chile indígena dice Pedro de Valdivia en una carta al rey: "Es esta tierra abundosa de todo mantenimiento que siembran los indios para su sustentación, así como maíz, papas, quinoa, madi, ají, frejoles."

El **maíz** que se ha encontrado en las tumbas de los atacameños es de dos variedades, uno de grano duro y redondo, el morocho (*Zea mays indurata*), la otra, es de grano más pequeño, córneo, el pisankalla (*Zea mays oryzaca*). El maíz se sembraba en camellones a una distancia más o menos de medio metro y entre mata y mata algo más; generalmente se sembraba junto con algún otro cultivo como el poroto, costumbre que aun se conserva.

Después del maíz, la planta más cultivada era la **quinoa**, de la cual también se cultivaban dos variedades, una blanca (*chenopodium purpurescens*) que era la más preferida para comer y de la cual también se comían las hojas tiernas y una variedad de color ceniciento (*chenopodium quinoa*) que se usaba para hacer chicha.

El **Madi**, el **Mango** y la **Teca**, plantas de cultivo netamente chilenas.—Estas tres plantas eran desconocidas por los peruanos; los españoles las encontraron cultivadas en el Sur de Chile. Pedro de Valdivia cita el **madi** en su carta al rey.

La mejor descripción de esta planta la da el abate Molina: "El Madi (*Madia* genus novum) es una planta de cuya semilla se saca un aceite bueno para comer. Hay dos especies, el madi que se cultiva y el madi silvestre".

El madi cultivado tiene los tallos peludos, ramosos y de cinco pies de altura, echa las hojas de tres en tres, lanudas de 4½ pulgadas de largo por 6 líneas de ancho, de un verde claro. Las flores son listadas de amarillo y sus semillas encerradas en un capullo casi esférico de 8 a 10 líneas de diámetro. Las semillas son cóncavas por un lado y tienen 4 a 5 líneas de largo. Los labradores sacan de ellas por expresión o por simple cochura un aceite dulce de buen sabor, claro y del mismo color que el de aceitunas; de modo que el Padre Fueillé que habitó tres años en Chile, lo alabó mucho y lo prefiere a la mayor parte de los aceites de aceitunas que se consumen en Francia.

De otro autor sabemos que este aceite tenía el único defecto que se enrancaba muy ligero.

De las semillas del madi también se hacía harina tostada, la cual se comía mezclada con harina de maíz, en mazamorra, ulpo, etc. Una vez extraído el aceite, se hacía

del residuo un licor fermentado, que servía para mezclar y componer las chichas picadas.

**El Mango** (*Bromus Mango*), era un cereal parecido al centeno o a la avena. Hay pocos datos concretos sobre esta planta; el sabio Gay, dice de ella: "Antes de la conquista los chilenos hacían uso de un pan llamado "covque", preparado con un grano conocido con el nombre de mango..."

Gay encontró esta planta todavía en Chiloé, donde se usaba para hacer harina y también para hacer chicha.

**La Teca** no se ha podido clasificar científicamente porque parece que a mediados del siglo pasado ya se había abandonado su cultivo, pero varias citas, de antiguos cronistas no dejan duda que esta planta existió.

Herrera, dice de ella: "Dan, como se ha dicho en este reino, el trigo y el maíz y muchas otras semillas y en particular una que llaman teca, la más temprana que los indios siembran y recogen. Siembran en Febrero y Marzo y cógenla en Noviembre, primero que la cebada. Es como una yerba cebadilla, de media vara de alto, casi como la avena; el grano es como el de centeno, poco menos; cógenla antes que se seque y en manojos la dejan secar al sol y los desgranar y tuestan con arena caliente y tostado le muelen en una piedra del tamaño de medio pliego papel con otro rollo de piedra tan grueso como el brazo, que atraviesan encima como quien asierra; se juega a dos manos, con los brazos sobre la otra, que está debajo, asentado en llano y en breve espacio muelen de esta manera la semilla, y hecho harina la llevan de camino y doquiera para su sustento, y un celemín de esta harina basta a un hombre para ocho días, desatándola con agua, bebiéndola o comiéndola a medio desatar".

**La papa** (*Solanum tuberosum*). La papa se cultivaba a la llegada de los españoles en los países del Pacífico, desde Ecuador hasta Chiloé. Parece que los centros más importantes de su cultivo eran el altiplano de Bolivia y la gran isla de Chiloé, cuyos climas le eran más propicios; en cambio, lo eran menos para el cultivo del maíz.

En Chile se cultivaban unas 30 variedades, que deben haber tenido su origen en dos variedades silvestres que se encuentran abundantemente en el Sur, en Arauco, Cautín y Valdivia, donde crecen en las comarcas más feraces y en el archipiélago de Guaitecas, donde también es abundante. Todavía muchas variedades se nombran con sus nombres indígenas y es muy posible que esas son variedades muy antiguas; nombraremos sólo algunas que aún se cultivan: ñamcu, picume, nalca, caica, caraila, chaped, huacha, lliga, michai, menulhue, notra, picoma, picum y otras. El nombre araucano de la papa es poñi.

El nombre papa se ha generalizado en toda la América, es voz quichua; los españoles las llaman patatas, probablemente derivado de batata o camote, que se introdujo primero en España, creyéndose probablemente que la papa era una variedad de la batata o camote.

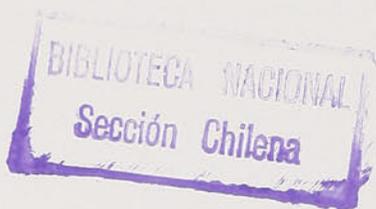
La siembra de la papa se hace en Chiloé, aún hoy día, a la usanza antigua: se abre un agujerito en el cual se echa una papa pequeña, se llena con tierra y se pisa con el pie.

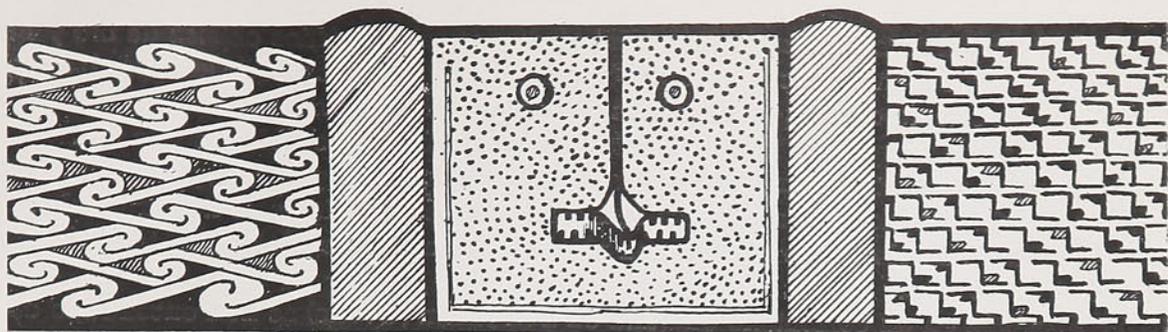
Los araucanos guardaban la papa en hoyos, tapados con un techo de junco; en las regiones cordilleranas se hacía chuño de la papa para guardarla y también se secaba en lonjas como charqui.

Hemos expuesto someramente los principales cultivos agrícolas que encontraron los españoles a su llegada a Chile; nos resta echar una ojeada a las herramientas que

usaban los aborígenes para sus labores; eran pocas y sencillas. Consistían en palos de una madera dura y pesada, de diversos tamaños, agudos en la punta, que hacían el papel de barretas y servían para aflojar el suelo; mazas de madera, a veces con cabeza de piedra horadada o amarrada, que igual que los cuchillones servían para deshacer los terrones y palas de madera y otras de piedra laja con un filo, que sujetaban a un mango.

Con estas herramientas sencillas los aborígenes consiguieron cultivar sus tierras eficientemente, pues los cronistas se refieren repetidas veces a la abundancia de productos agrícolas que encontraron en Chile, lo que se explica, porque todo el pueblo se dedicaba a las labores agrícolas, cuando era llegado el tiempo.





Decoración de un plato de la cultura diaguita.

## LA METALURGIA DE LOS INDIOS DIAGUITAS Y ATACAMEÑOS

“¿Y no ha encontrado oro y plata en las sepulturas indígenas?”; esa pregunta se ha dirigido muchísimas veces al autor de este libro. En lo siguiente daremos la contestación a esa pregunta y al mismo tiempo expondremos un resumen de nuestros conocimientos actuales sobre la metalurgia precolombiana en el Norte de Chile, desde Arica hasta el Choapa, región en que habitaban los atacameños y los diaguitas chilenos, que trabajaban los metales mucho antes de la llegada de los incas a Chile.

En mis excavaciones en el territorio diaguita (desde Copiapó hasta Illapel) a las cuales me dedico hace unos diez años, sólo en dos ocasiones he encontrado objetos de oro; una vez en Punta Teatinos donde encontramos una cintita de oro; enrollada en forma de espiral en un canutillo de hueso y que pesaba 2 grs. y la otra vez en un cementerio diaguita en Bahía Salada (Litoral de Atacama) donde encontramos un aro de oro (2 grs.) y un brazaletes del mismo metal (18 grs.).

En el gran campo de cementerio indígena al lado de La Serena no hemos encontrado objetos de oro, pero no podemos afirmar que no los hubiere, porque el Dr. Lothrop, que unos 12 años atrás hizo excavaciones en ese cementerio por un Museo de Nueva York, me dijo que él había encontrado en sus excavaciones tres idolitos de oro, lo que bien puede deberse a que el grupo que él excavó, era uno de los más secos; en los demás grupos de este cementerio el agua se encuentra a muy poca profundidad, lo que dificulta la búsqueda; además, que el oro por su peso, se hunde en la tierra blanda.

Es evidente que en el litoral de Atacama, de Caldera al Sur, era más frecuente de encontrar objetos de oro en las sepulturas indígenas; eso explica por qué todos los cementerios de esa región están saqueados. En un viaje de 17 días en bote por la costa de ese litoral encontramos unos 30 cementerios totalmente revueltos, y sólo después de recorrer grandes extensiones, dimos con 8 sepulturas intactas en un lugar denominado Maldonado de la Bahía Salada; ahí encontramos los dos objetos mencionados anteriormente, (el año 1934).

Estos cementerios fueron saqueados por los pescadores de Caldera en tiempos cuando Caldera era una ciudad floreciente; estos pescadores se habían dado cuenta

que en las sepulturas indígenas se encontraban a veces pequeños objetos de oro y de plata y cuando salían a pescar llevaban herramientas y aprovecharon la seca del pescado, que los retenía a veces muchos días por esas regiones, para excavar los cementerios, de tal manera que hoy día será difícil de encontrar aún sepulturas intactas.

En esos cementerios también se encontraron objetos de plata, especialmente en uno de la Isla Grande que, según me refirió uno de los pescadores, lo llamaron "de los palos gruesos", en el cual se encontraron muchos brazaletes de plata, que también los usaban en los pies.

También en un cementerio diaguita en San Julián (Ovalle) se han encontrado objetos de plata y últimamente vimos unos aros de ese metal que fueron sacados de un cementerio que se encuentra en la quebrada de Talca, cerca del río Coquimbo.

Los objetos que encontramos con más frecuencia en las sepulturas indígenas son de cobre y de bronce, metales de que hicieron sus herramientas y también joyas como aros, zarcillos, pinzas depilatorias, campanillas, placas pectorales, etc.

Los diaguitas y los atacameños usaban una aleación de cobre con estaño, con lo que consiguieron una mayor dureza del cobre, que era el metal básico para elaborar sus herramientas. Como el estaño no se encuentra en Chile, deben haberlo obtenido, probablemente, de los indios bolivianos por intercambio; posiblemente recibieron desde el altiplano el metal ya aleado, porque en una sepultura diaguita de la Cía. Baja encontramos una vez una barrita de bronce, cuya forma era más o menos como un lápiz, pero más delgado y más corto.

Para sus fundiciones usaban crisoles de diferentes tamaños, que tenían la forma de un bonete. En el Museo tenemos uno a la vista, que tiene un diámetro interior de unos 12 cms., por un espesor de casi una pulgada, en el fondo tiene una perforación. Este crisol también lo encontramos en el cementerio de la Cía. Baja (La Serena). Estaba boca abajo sobre dos piezas de alfarería y tenía apariencia de una piedra; al sacarlo para librar la alfarería, se quebró porque consiste de un material arenoso que está ya muy frágil; felizmente lo hemos podido restaurar para exhibirlo como una pieza interesante de la cultura diaguita.

De los pocos ensayos que se han hecho de los bronces de la región diaguita y atacameña se puede deducir que el porcentaje del estaño es muy variable; en unas 20 muestras fluctúa entre 1,4 hasta un 30%; no se nota tampoco un plan en la proporción que tuviere relación con la dureza del objeto, sino que parece que la mezcla se hizo al azar.

Los objetos de cobre puro o con un bajo porcentaje de estaño, se oxidan con el tiempo hasta desintegrarse, como se puede ver en algunas piezas que se exhiben en el Museo.

Los atacameños y los diaguitas trabajaron diversas minas que son conocidas de los mineros de hoy día. Generalmente tienen galerías tan estrechas que es casi imposible de penetrar en ellas. Sabemos que en la región atacameña trabajaban las minas de Chuquicamata, de San Bartolo, Toconao y S. Antonio de los Cobres.

Para sus fundiciones tenían "huairas", que eran hornos de barro y para moler los minerales usaban el "maray" que consistía en una enorme piedra que se balanceaba con una palanca, sobre un gran plato de piedra natural; todavía hoy día se encuentran marays trabajando para moler minerales de oro, de los mineros modestos.

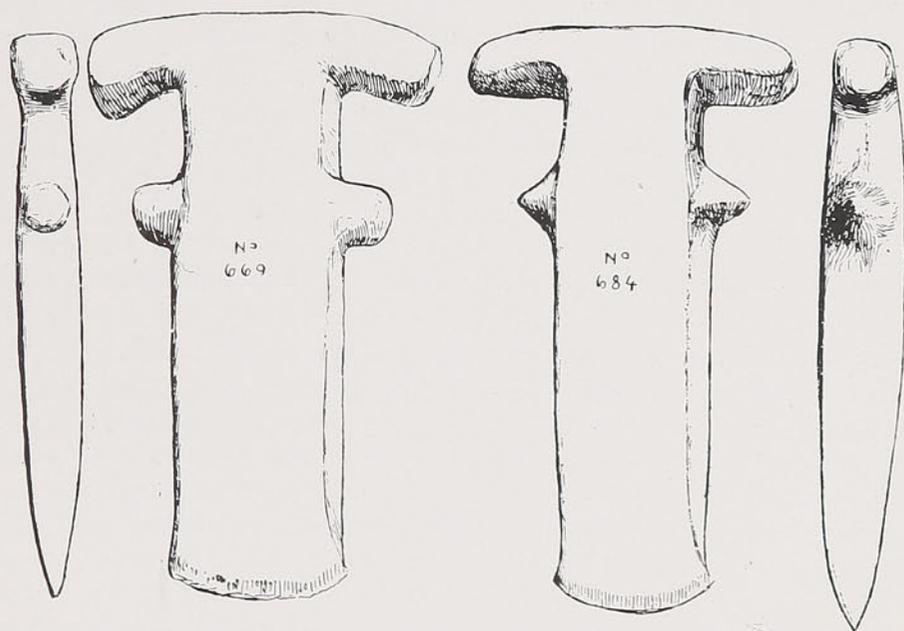
Los artefactos y herramientas que los indios fabricaban del cobre y del bronce eran: hachas, cinceles, azuelas, punzones, pinzas, cuchillos, tumis, cencerros, campani-

llas, manoplas, brazaletes, anillos, discos, topus, aros, anzuelos y algunos otros cuyos usos no se conocen.

En el Museo hay varios objetos de cobre y de bronce, entre ellos 3 cinceles. Uno muy largo, que es de cobre puro, por lo cual ya está muy oxidado y desintegrándose en varios pedazos; este ejemplar es muy interesante porque se ve que lo habían añadido con dos parches. Estaba frente al hocico de un llama que estaba enterrado junto con su amo (Cía. Baja); otro ejemplar es de Copiapó de un lugar denominado Chanchoquí, bastante bien conservado y el tercero es de Guanaqueros; parece de una buena aleación, está completamente limpio de óxido y es de formato más pequeño.

Creemos que estos cinceles fuera de muchos otros usos, han intervenido para dar la última mano a las puntas de flecha con dentadura fina, que a veces son obras de una técnica tan acabada, que no se concibe que las pudieran haber hecho únicamente con herramientas de piedra y de madera.

De los otros objetos de cobre y de bronce que se pueden ver en el Museo arqueológico, mencionaremos un hermoso juego de anzuelos, también de la Cía. Baja, varios aros y campanillas, una aguja de cobre, encontrada en Guanaqueros y dos hachas de cobre, que fueron descritas por el autor de este libro en el Boletín N° 1 de la Sociedad Arqueológica de La Serena, en Octubre de 1945.



Hachas de cobre de los diaguitas.



## LOS ANIMALES DOMESTICOS DE LOS INDIOS CHILENOS

**El perro.**— Uno de los animales domésticos más difundidos en toda la América precolombiana ha sido el perro. Su existencia en Chile, a la llegada de los primeros españoles, la documentan los siguientes relatos de sus cronistas.

Góngora de Marmolejo, habla por primera vez de un perro de los indios al describir un incidente de la batalla de Marigüeñu, el año 1554. El párrafo referente dice: "Otro día, como fué amanecido tocaron las trompetas a partir. Puestos en sus caballos, cargados los bagajes, tomó el maestro de campo la vanguardia la cuesta arriba, llegó al llano donde los indios estaban, los cuales estuvieron quedos hasta que **un perro que con ellos estaba les comenzó a ladrar**, mirando donde el perro ladraba, se levantaron y dieron una grande grita a su usanza, atronando aquellos valles".

Otro cronista en un informe sobre sus viajes al Estrecho de Magallanes menciona el perro de los indios chonos, a los cuales llama huyllis (huiliches) y que según este cronista vivían entre el grado 43 y 47 de latitud, dice:

"En esta tierra habitan unos indios marinos que traen unas canoas de tres tablas, en la manera que son las de coronados, no entienden estos indios, llaman huilli y son muy valientes guerreros con los comarcanos, los cuales les tienen miedo. Sus armas son lanzas, macanas, puñales de hueso e piedra; su vestir es de **lana de unos perros lanudos** que crían, su comer es de marisco o pescado cual toman con anzuelos hecho de palo e redes de hilo, hecho de corteza de unos árboles que llaman quantu de que también hacen mantas, su habitación es en las canoas, do traen sus hijos e mujeres con las cuales andan comiendo lo dicho, de isla en isla."

Otro explorador de estos tiempos, Pedro Sarmiento de Gamboa vió por primera vez el perro patagónico durante su viaje de descubrimiento del Estrecho de Magallanes el año 1580. En su relación dice: "Caminando sobre la barranca del mar (cerca del cabo de St. Gregorio) nos alcanzaron diez valientísimos indios, muy grandes de cuerpo, con un caudillo muy más grande que el grande que Pedro Sarmiento trajo la primera vez, que su majestad vió en Badajoz ese mismo año y **traían perros de ayuda barcinos de**

traylla, muy mayores que los grandes de Irlanda, que los hay muchos en aquella tierra, los usan para traer a la guerra y pelean perros contra perros, aún contra los hombres contrarios. Tuvieron una refriega con estos indios y cuenta que fué de notar una cosa, que los perros de los indios y los nuestros arremetieron los unos a los otros, rabiando y llegando a cuatro pasos unos de otros, tomaron huyendo los unos a una parte y los otros a otra sin tocarse y nunca más pudimos hacer que se embestiesen."

En otra parte de un informe del mismo Sarmiento, escrito en Permambuco sobre esta expedición dice: "Traían un perro de trailla como lebrél grande, que debía de ser de ayuda, según después pareció... y cuando comenzaron a flechar, soltaron el lebrél que traían, el cual arremetió a nosotros como un trueno y nuestros perros de su voluntad arremetieron al otro perro y cuando llegaron cerca unos de otros pararon todos sin pasar adelante."

De los diferentes citados de otros cronistas se puede deducir, que en Chile austral existieron tres especies de perros: uno grande, el perro patagónico que probablemente se ha derivado del chacal "*canis magellanicus*", otro perro de estatura media y que muy probable era afín o idéntico con el perro araucano y un perro chico, lanudo y crespo de los chonos.

El perro araucano, antiguamente denominado thegua, ahora, "tregua" era de cabeza larga y puntiaguda, orejas paradas y cortas, dentadura muy robusta, extremidades largas, pelaje corto, pero la cola más poblada; era un animal bravo y buen guardián.

Los españoles cruzaron este perro con sus dogos que trajeron de España, resultando de este cruzamiento un perro, que durante los siglos XVII y XVIII, tenía fama en toda la costa del Pacífico como "perro chileno".

En mis excavaciones en un cementerio indígena de Bahía Salada (Litoral de Atacama) he encontrado dos esqueletos de perros indígenas que estaban encima de las osamentas humanas. Remitido uno de los cráneos caninos al Museo Nacional de Hist. Natural de Santiago, fué clasificado como "*Canis ingae*", el perro que estaba difundido entre los incas, siendo muy probable que esta especie era la que existía en el Norte de Chile, al menos en el territorio que corresponde a la cultura atacameña.

**Los auchenidos.**— La llama (*Auchenia llama*), la alpaca (*auchenia paco*), el guanaco (*auchenia guanaco*), y la vicuña (*auchenia vicugna*).

No cabe duda, que los animales más útiles al indio eran la llama y la alpaca que probablemente son derivados de sus congéneres: el guanaco y la vicuña, que aun viven en libertad.

La domesticación de estas especies se remonta a edades preincaicas, porque en las excavaciones arqueológicas más antiguas del Perú ya hay indicios de su existencia como animal doméstico. La antigüedad de la domesticación también se confirma con la diferencia que existe entre las variedades mansas y salvajes: además, las llamas y alpacas han perdido la posibilidad de procrear en libertad.

La llama era el único animal de carga. Se aprovechaba de él, la carne, la lana y su cuero. En partes donde escaseaba la leña, también se aprovechaba su estiércol como combustible para el fuego, como sucede aún hoy día en Bolivia.

La alpaca fué criada por su carne y muy especialmente por su lana, al igual que la oveja y muchas veces los cronistas de esos tiempos se refieren a ella como "ovejas mansas".

En Chile la llama se denominaba también con el nombre de "chilihueque". Ambas especies, la llama y la alpaca, eran abundantes en Chile, sobre todo en las provincias del Norte. Copiamos algunas citas de los cronistas que se refieren a la existencia de estos animales en Chile a la llegada de los españoles.

Fernández de Oviedo, al descubrir el Norte de Chile, dice: "... la provincia de Copayapo tiene tres valles donde se coge mucho maíz e hay ganado en abundancia". El mismo cronista dice: "que al llegar Diego de Almagro al valle de Aconcagua halló en ciertas casas tanta cantidad de maíz e ovejas que bastó para proveer el real e a los que después fueron, el tiempo que allí estuvieron, e aún para la vuelta quedó alguna parte".

Mariño de Llovera en su relato sobre los tres españoles que mandó Almagro por delante a su expedición para que hicieran acopio de víveres para el ejército expedicionario, dice: que los indios de Coquimbo por mandato de su gobernador incaico, juntaron en corto tiempo "mucha carne de ovejas mansas (alpacas) y muchos de los que llaman guanacos, de los que hicieron cecinas, que en su lengua se llama "charqui", matando para ello **cuatro mil reses**".

La región ocupada por los araucanos ha tenido menos población ganadera, pero gran abundancia debe haber habido de Valdivia al Sur, y especialmente en Chiloé. Pedro de Valdivia mismo dice en una de sus cartas al rey: "... las casas tiénenlas llenas de todo género de comidas y **lana**,... la gente es crecida..., vestidos todos de lana a su modo, aunque los vestidos son algo gruesos".

Cortés Hoguea dice: "Los indios andan gordos y bien vestidos" y en 1561 el gobernador Villagra escribe al rey, que el país (Chiloé) era muy poblado de gente vestida de manta y camiseta, como la de Cuzco.

Pedro de Valdivia en una carta a S. M. Carlos V., dice: ...Chile es tierra próspera de ganado como la del Perú.

Esta abundancia de animales domésticos en Chile a la llegada de los españoles no duró mucho. El español, acostumbrado a comer carne, hizo un consumo sin medida; las sabias leyes de protección y crianza del inca fueron completamente descuidadas hasta que después de medio siglo ya no existían tropas de estos animales; la mayor parte de los indios tenían sólo 2 ó 3 ejemplares y por fin la llama y la alpaca se extinguieron en Chile y fueron reemplazadas por los animales domésticos importados de Europa.

El **guanaco** y la **vicuña** se han domesticado sólo ocasionalmente. Sin embargo, parece que en Magallanes el guanaco y aún la vicuña lo han sido con más frecuencia y según algunos cronistas, el primero aún sirvió como animal de carga.

El guanaco, que en tiempo de los españoles bajaba hasta las orillas del mar se ha retirado a la cordillera, donde se le encuentra en toda la extensión del país hasta Magallanes, la vicuña se encuentra sólo en algunas partes cordilleranas del Norte.

En los cementerios indígenas he encontrado muchas osamentas de llama y guanaco enterrados al lado de su dueño; algunos tenían tazas o platos decorados como animales regalones. En el gran cementerio diaguita de Cía. Baja, La Serena, encontramos en una sepultura, al lado de la osamenta humana la osamenta de una llama que estaba completamente cubierta de grandes pedazos de tinaja de greda, frente al hocico tenía un cincel y un cuchillo de cobre; además, seis puntas de flecha de piedra, de las más finas que hemos visto; al parecer era un animal adorado que se enterraba con estos honores.

En Guanaqueros, en un pequeño cementerio indígena encontramos en cada sepultura la osamenta de guanaco encima de la osamenta humana. En este lugar debe haber vivido una tribu que tenía como especialidad amansar guanacos, de ahí el nombre de Guanaqueros.

**El cerdo o puerco.**— Sobre la existencia del cerdo en Chile antes de la llegada de los españoles están divididas las opiniones. Don Ricardo E. Latcham es de opinión que no ha existido, pero el abate Molina y González Vidaurre afirman su existencia como animal doméstico en Chile a la llegada de los europeos. El cerdo se denominaba con la voz indígena de "chanchu" (después chancho, voz que se usaba en muchas otras partes de América para denominar el cerdo doméstico).

Otro de los animales criados en muchos países de América y también en Chile ha sido el **cuy** (cavia cobaya).

Este animalito es extraordinariamente prolífico (la hembra pare cada mes de seis a siete hijos). Su carne es muy apreciada y proporcionaba un valioso alimento, especialmente a las clases más pobres. El abate Molina, el padre Ovalle y Carvallo y Goyeneche aseguran que el cuy era uno de los pocos animales domésticos que se encontraron en Chile. Hoy en día se crían aún, especialmente en las provincias del Norte.

El **pavo** existía en tres especies en la América precolombiana, pero no hay referencia que acredite que lo hayan criado también los indios chilenos; en cambio, sabemos por muchos autores que en Chile se criaba la **gallina**, de la cual existían tres variedades que se conservan hasta hoy día: la "trintre", la "collonca" y la "francolina".

La gallina "trintre" tiene las plumas crespas, ralas y como puestas al revés; es de regular tamaño y aún hoy día es muy apreciada como gallina ponedora.

La "collonca" es una gallina sin cola, algo más pequeña que la gallina trintre y tiene la característica única y exclusiva de poner los huevos azules o azul-verdoso.

La "francolina" es probablemente una variedad de la anterior, porque pone igualmente los huevos azulados, pero lleva en la cabeza un copete de plumas que cae hasta la altura de los ojos. A veces lleva dos borlas o brochas de plumas de forma esteroideal que cuelgan a ambos lados de la cabeza a la altura de los oídos; en este caso las llaman "collonca con aretes".

Las gallinas se denominaban en araucano con el nombre de "achahual".

Otros animales se han criado en Chile pero sólo ocasionalmente y no en forma constante, por lo cual no se pueden clasificar entre los animales domésticos en sentido utilitario.

## MAPA ARQUEOLOGICO DEL VALLE DE ELQUI Y ADYACENTES

Este mapa es naturalmente muy imperfecto, ya que los estudios arqueológicos en esta región no están terminados, pero puede servir de base a futuras exploraciones y para ser completado con el tiempo. Quizás su principal mérito consiste en que todos los datos que contiene son comprobados por su autor.

En las referencias que siguen se indica la ubicación del cementerio y en lo posible las clases de sepulturas (llamo sepulturas clásicas de los diaguitas, las sepulturas con piedras lajas que he descrito en págs. 17 y 18.

Hemos clasificado la alfarería dibujada o pintada en 3 épocas que se distinguen fácilmente: la primera "arcaica" con dibujos toscos y en la que se usaba al principio el amarillo en vez del blanco, las fuentes son semiglobulares; la segunda época con platos más planos, pero siempre redondeados, con mayor número de temas y dibujos ya más finos, muchas veces dibujados por dentro, período que llamamos de "transición" y por fin la tercera o última época que duró hasta la conquista y se distingue por la aparición de las paredes rectas en los platos, mayor variación de temas y dibujos finos. En las referencias indico en lo posible a qué épocas pertenecen la alfarería encontrada en los cementerios:

1.— Este cementerio diaguita está ubicado entre La Serena y Compañía Baja a ambos lados del camino Longitudinal, a sólo 2½ kms. de La Serena. Hemos descubierto hasta la fecha 19 grupos con alfarería de los 3 períodos, sepulturas clásicas y en tierra.

2.— En la Plaza de La Serena se descubrió un cementerio diaguita al hacer el alcantarillado; también en otros puntos de la ciudad se encontraron objetos de alfarería y osamentas y es probable que existan varios grupos. Uno de ellos en Edo. de la Barra esq. Matta, donde se encontró el hermoso jarro pato que ilustra la carátula.

3.— Este cementerio diaguita se encuentra al lado de las casas del balneario Punta Teatinos, y consta de 4 grupos de sepulturas clásicas y en tierra; alfarería pintada de las tres épocas.

4.—Peñuelas. Cementerio ubicado casi frente al balneario en las vegas, con un alto porcentaje de sepulturas clásicas y alfarería de las dos últimas épocas.

5.—A unos 3½ kms. al Oriente de la Estación del Ferrocarril Altovalsol, en un potrero del fundo de don Ernesto Munizaga, se encuentra un grupo de cementerio diaguita, con alfarería de la segunda época o de transición. Las sepulturas contienen generalmente una piedra laja parada al lado Oriente de la osamenta; la alfarería encontrada en este grupo se encuentra en el Museo Nac. de Hist. Nat.

6.—Frente al cementerio anterior, pero al lado Sur del río Elqui, en la ladera Oriente de la Quebrada de Las Animas, encontramos en el año 1934 un cementerio que es el más antiguo de la cultura diaguita chilena, conocido hasta ahora. Su alfarería con dibujos grandes pertenecen a la primera etapa de la alfarería pintada; los huesos, en su mayor parte, se habían vuelto tierra. Las 22 piezas que componen este hallazgo, se encuentran en el Museo Nac. de Hist. Nat.

7.—A poca distancia del anterior, en el fundo Quilacan, cerca de Punta de Piedra conocemos 3 grupos de un cementerio diaguita con sepulturas clásicas y en tierra y alfarería de las dos últimas épocas. Tenemos conocimiento que se encontraron otros grupos cuando se hicieron las excavaciones para el conducto de agua potable.

8.—En el extremo poniente del fundo Titón, al borde de la quebrada de Talca, hay un cementerio diaguita con sepulturas clásicas y en tierra, alfarería de las dos últimas épocas.

En la vecindad existen según nuestras averiguaciones a lo menos dos grupos más.

9.—Frente a Pelicana, en la margen Sur del río Elqui, en la hacienda de La Caledera existen varios cementerios. Al Oriente del callejón que conduce a la hacienda desde la Estación Pelicana, en un potrero largo, hay 5 grupos, cuatro de ellos destruidos por las aguas de riego que se escurren por el barranco que da al lecho del río y uno más al interior del potrero. Había alfarería principalmente de las dos últimas épocas y fragmentos de la primera. Sep. clásicas y en tierra.

Al lado Poniente del callejón y casi al pie de las casas de la hacienda está el cerro La Poya, que da casi exactamente frente a la estación Pelicana. Este cerro es por tres lados muy parado, pero hacia las casas de la hacienda, termina en un suave faldeo; en este faldeo se encuentran restos de un cementerio de 70 sepulturas, en 7 hileras de a diez, unos 5 m. una de otra. Quedan sólo las bases circulares hechas de grandes piedras de río; parece que se trata de sepulturas túmulos ya destruidos; no se encuentran ya huesos ni otros indicios sino pequeños fragmentos de alfarería diaguita de la última época. En la cúspide del cerro y en toda la cresta hay restos de otras 9 sepulturas túmulos.

10.—Marquesa. Había 3 grupos de cementerios diaguitas, cerca de las casas, uno de ellos con sepulturas clásicas y en tierra; los otros dos con sepulturas en tierra, con alfarería pintada de las dos últimas épocas. Dos grupos más se encuentran en el mismo plano, unos 800 m. más al Poniente con alfarería principalmente de la última época, sin sepulturas clásicas sino en tierra y a más de 2 m. de profundidad.

11 y 12.—6 cementerios de la "Cultura de El Molle" descubierto por el autor el año 1938, (página 27).

13.—Puclaro. Cementerio de 4 grupos, sepulturas clásicas y en tierra, 500 m. al Oriente de las casas de la hacienda. Alfarería principalmente de la última época, algo de la segunda.

14.— Fortaleza de la "Cultura de El Molle" en la cima de un cerro frente a la hacienda Maitén, entre Almendral y El Molle.

15.— Hacienda San Carlos, frente a la quebrada de Yungay, al lado Sur del río Elqui. Cementerio diaguita destruído por algún aluvión.

16.— San Isidro al lado de Vicuña, varios grupos de cementerios diaguitas destruídos o embancados por el río. (Excavamos en uno donde las sepulturas se encuentran a 3 metros bajo el suelo).

17.— Paihuano. Kilómetro y medio de las casas de la hacienda Paihuano, al Oriente hay tres grupos de cementerios diaguitas con sepulturas clásicas y en tierra, alfarería principalmente de las dos últimas épocas.

18.— El Zanjeado en el río Cochihuas. Varios pequeños grupos de cementerios diaguitas. Al pie de una roca con dibujos indígenas encontramos osamentas humanas y la mitad de un plato pintado, de la primera época; en otras sepulturas se encontraron piezas más modernas.

19.— En el valle de El Pingo quedó descubierto con el aluvión de 1934, un cementerio diaguita con sepulturas clásicas y en tierra; cuando lo vimos ya estaba saqueado y encontramos sólo fragmentos de alfarería pintada, semejante a la que encontramos en Marquesa. Más o menos 1 kilómetro al Poniente hay restos de una tambería indígena.

20.— En la Caleta Arrayán, a orillas del mar, hay un cementerio diaguita, casi todo de sepulturas clásicas; estaba destruído cuando lo vimos. Por fragmentos de alfarería parece que abarca las dos últimas épocas.

21.— Guanaqueros, a unos 3 kms. del actual villorio de pescadores hacia al Poniente en un lugar llamado La Higuera, a orillas del mar hay un cementerio, al parecer de la cultura diaguita, por los artefactos encontrados, aunque no encontramos alfarería; sólo fragmentos de las 3 épocas.

22.— Camino desde Chañar (por la quebrada de la Marquesa) al Pingo se atraviesan dos llanos, el Llano de Patricio y el Llano de Pivra, donde se encuentran muchos petroglifos de todos tamaños. No muy lejos de allí se encuentra el rodado de las Pintadas, donde también hay una gran cantidad de estas piedras. (Estas últimas no las hemos visto personalmente).

23.— Desde la hacienda Calvario, unos 4 kilómetros al Oriente, hay un grupo de pocas sepulturas diaguitas.

24.— En Chapilca se encontraron algunas sepulturas diaguitas con alfarería de la última época.

25.— En una gran llanura a más de 3.000 metros de altura cerca de Vallecito, se encontraron varias sepulturas indígenas, sin alfarería.

26.— Rivadavia, a pocas cuadras del pueblo de este nombre, en la base de un cerro, por su lado Oriente hay varios petroglifos.

27.— Diaguitas en una quebrada que sale cerca de este pueblo hacia el Sur hay un petroglifo.

28.— En San Pedro, al interior de Islón, hay restos de un cementerio indígena de 9 sepulturas circulares.

29.— Chañar, casi al principio de la quebrada de Marquesa, en el lugar denominado Chañar, había un pequeño cementerio diaguita.

30.— Guayacán. En los arenales se encontraron sepulturas aisladas de indios diaguitas con alfarería pintada.





Alfarería del Oásis de Pica.



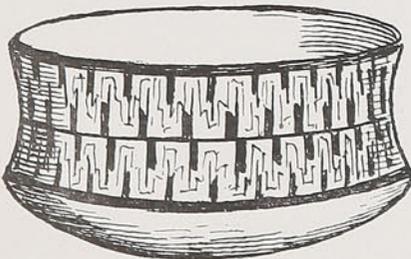
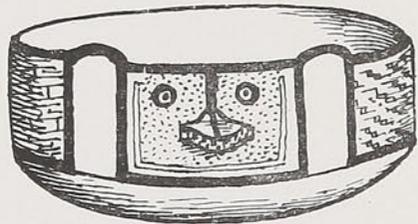
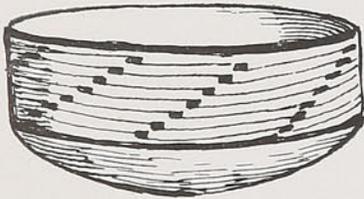
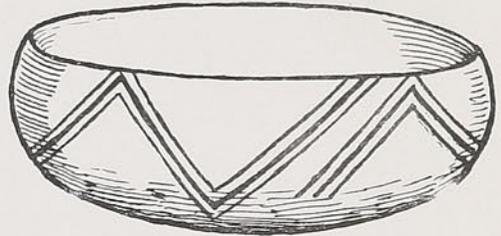
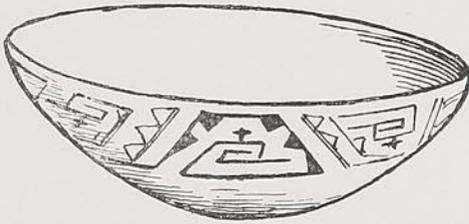
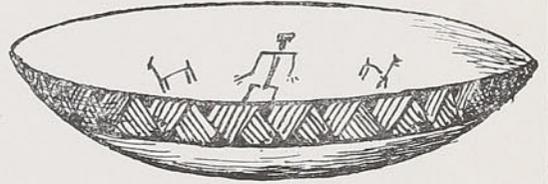
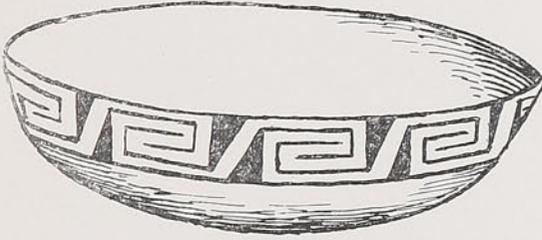
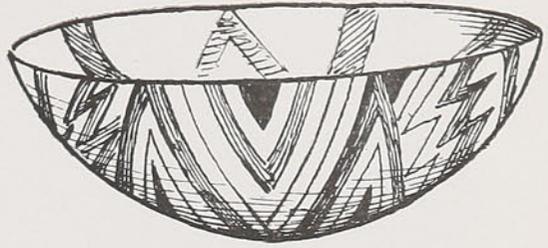
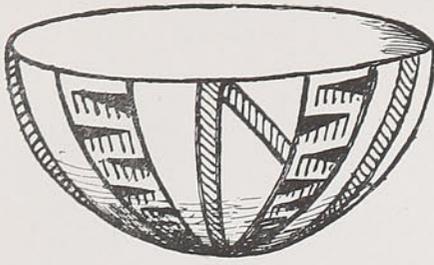


Alfarería diaguita.



Gorro atacameño.

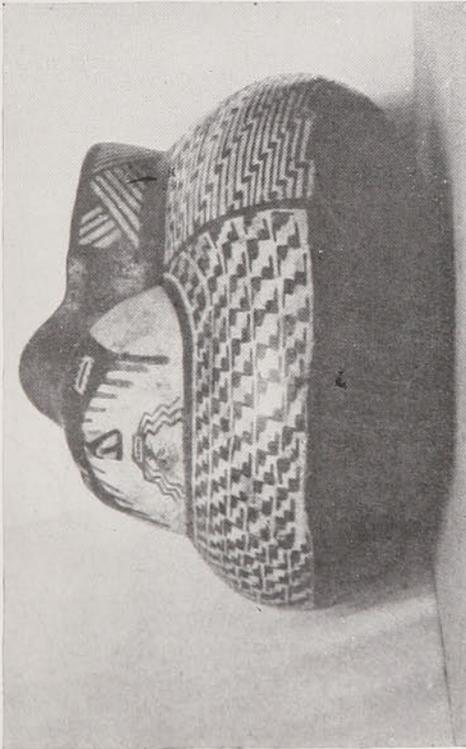




La evolución del plato diaguita.

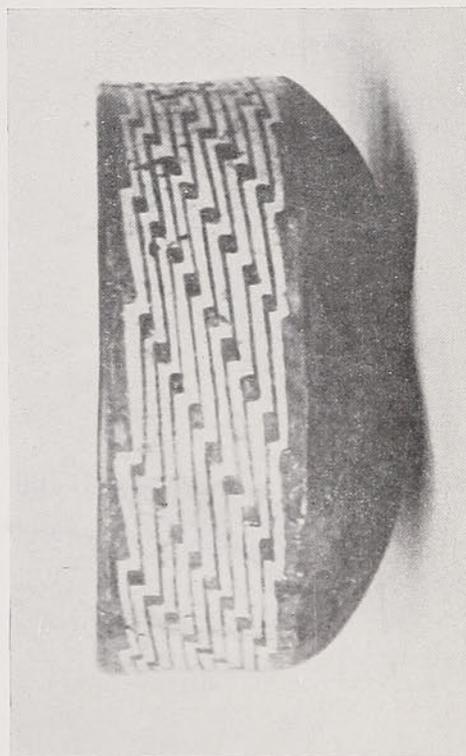
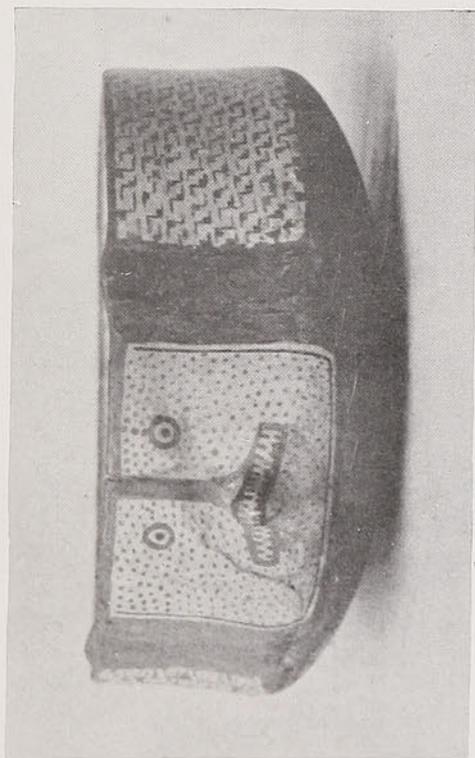
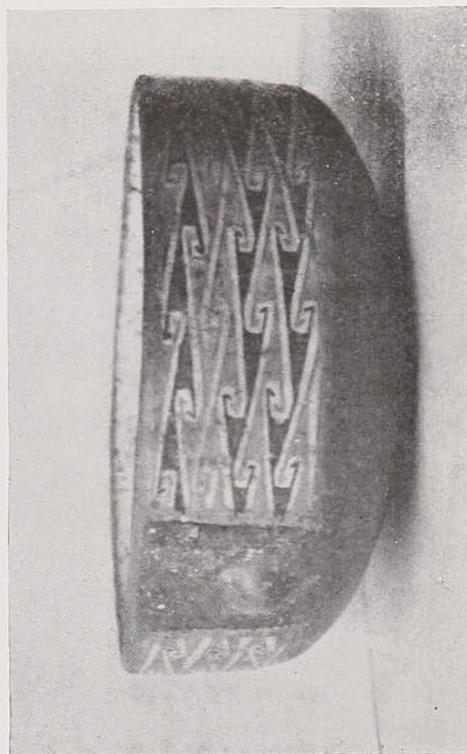
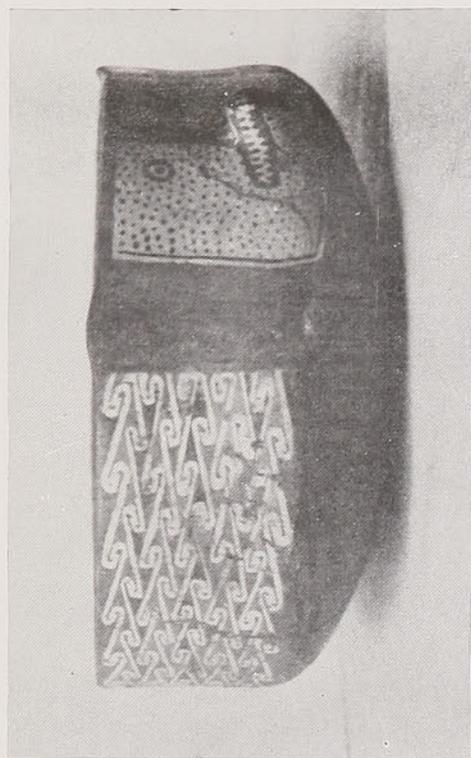
Los 2 platos de arriba: época arcaica.  
 Los 4 platos siguientes: época de transición.  
 Los 4 platos últimos: época clásica.





Alfarería ciaguaita.





Alfarería diaguíta.

BIBLIOTECA NACIONAL  
Sección Chilena



El escudo en 1830



1826



1776



1822



En real.



SELLO TERCERO, VN REAL, AÑOS DE MIL SETECIENTOS NOVENTA Y QVATRO Y NOVENTA Y CINCO.



1803



En quartillo.

SELLO QVARTO, VN QVARTILLO, AÑOS DE MIL CIENTOS DOS Y OCHOCHIE Y TR



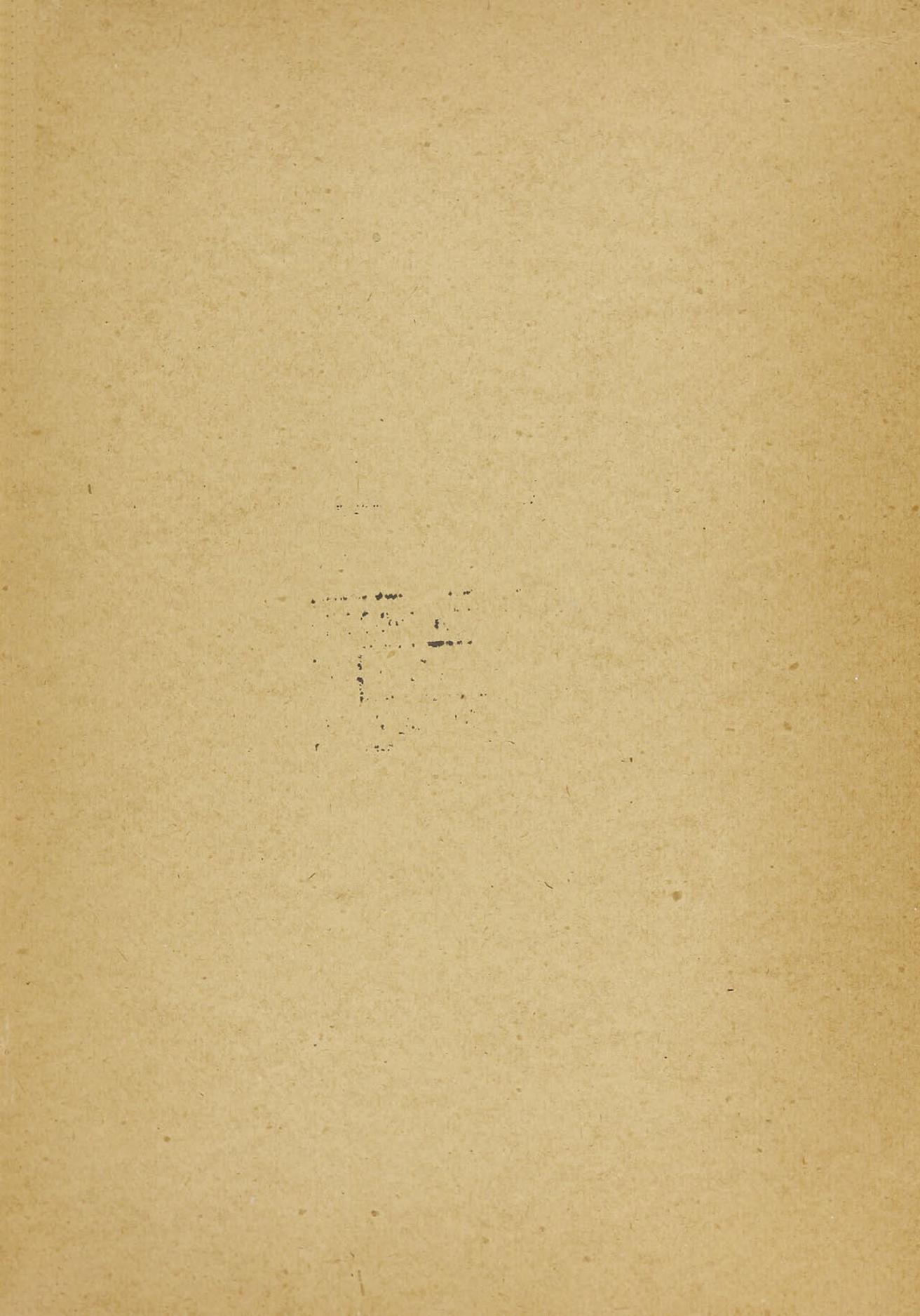
Josef m. Moore

Manuscrito: Pedro Nolano et al. Leñan... Csc. pp. k? Itav da rea-

Favada

BIBLIOTECA NACIONAL  
Sección Chilena

BIBLIOTECA NACIONAL  
- 6 AGO 1979  
SECC. CONTROL Y CAT.



IMPRESA Y LITOGRAFÍA UNIVERSO, S. A.

Ahumada 32. - Teléfono 83387

SANTIAGO